

R. 107.801

BIBLIOTECA REGIONAL  
MURCIA

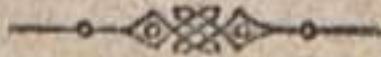
LA FAMILIA CRISTIANA.

EL CORAZON Y LA CABEZA.

CASO QUE HA PODIDO SUCEDER, SI ES QUE NO HA SUCEDIDO.

POR

JOSÉ SELGAS.



MADRID:

A. PEREZ DUBRULL, EDITOR.

*Barco, 9 primero, cuarto tercero.*

—  
1872.





---

Madrid: 1872.— Imp. de LA ESPERANZA, á cargo de D. A. Perez  
Dubrull, Pez, 6.



---

---

# EL CORAZON Y LA CABEZA.

---

## I.

La vida del hombre tiene tambien su centro de gravedad.

Este centro, que ejerce sobre nosotros una atraccion poderosa, es el matrimonio.

El hombre cae en él por su propio peso.

Despues de dar muchas vueltas alrededor de felicidades imaginarias, de placeres fugitivos, de dichas pasajeras; despues de correr de un punto á otro con la agitada inquietud de los deseos nunca satisfechos; despues de andar sin descanso por todas partes, sin encontrar ni satisfaccion ni reposo, se detiene fatigado, medita, se da una gran palmada en la frente, y se sienta; es decir, se casa.

Hay un dia en que tiramos una raya por debajo de nuestros veintinueve ó treinta años para sumar las diversas cantidades de locuras, pasatiempos y extravíos que la juventud arroja á nuestros ojos cuando se decide á separarse de nosotros para siempre.



Esta operacion nos da siempre una triste suma de ceros.

Despues de tanta agitacion, de tanta inquietud, ¡bah! buscamos algo, y no encontramos nada. ¡Cuántas ilusiones desvanecidas...! ¡Cuántos deseos disipados...! ¡Cuántas esperanzas perdidas...!

Parece que despertamos de un sueño en el que todo ha sido imaginario, ó que salimos de un teatro en el cual todo es mentira.

Nuestra sorpresa es igual á la que experimentaria un avaro al averiguar que el tesoro guardado cuidadosamente en el fondo de su gabeta solo se compone de monedas falsas.

El hombre es una planta, y hasta ese momento no ha hecho mas que cubrirse de hojas que se caen, y de flores que se agostan.

Entonces se detiene y piensa lo que probablemente pensará el viajero extraviado al descubrir que el camino que lleva no conduce á ninguna parte.

Detras de esta averiguacion está el matrimonio: el que dobla la esquina de esa observacion, dobla la cabeza ante la realidad de las cosas, tiende la mano para asirse á la última felicidad que la vida le ofrece, y, claro está, se casa.

Ahí nos esperan todas las mujeres; es el punto en el que verdaderamente se unen las dos mitades del género humano.



Rafael habia cumplido ya veintiocho años, y Estéban se acercaba á los treinta.

Ambos se hallaban unidos por el lazo estrecho de una amistad íntima que habia nacido en la adolescencia y habia seguido inalterable en la juventud; se habian educado juntos, y la costumbre los habia hecho inseparables. Nada, sin embargo, mas opuesto entre sí que estas dos naturalezas.

Se encontraban estrechamente unidos por el vínculo que une al anverso y al reverso de una medalla.

Habian llegado á ser como las dos partes de un todo, y, como los gemelos de Siam, iban siempre juntos, aunque no estaban unidos por el pecho, sino por la espalda.

Estéban todo lo calculaba, Rafael todo lo sentia.

Los extravíos de Estéban eran, digámoslo así, correctos, alineados; habia cierto orden severo en sus locuras; eran sus vicios razonables, y llevaba perfectamente reglamentadas sus malas costumbres.

En el juego procedia siempre con un juicio admirable, con la seriedad de un geómetra que resuelve un problema.

Antes de poner su dinero á una carta estudiaba los incidentes del juego, pesando con escrupulosa atencion todas las probabilidades favorables y adversas; calculaba los desvíos y las



inclinaciones de la suerte. Antes de jugar, veía jugar mucho tiempo, parecía que esperaba la fortuna para sorprenderla, empeñado en darle reglas al azar y leyes fijas á la suerte.

Se reía de la casualidad, y no hacía gran caso de la Providencia. El cálculo era el móvil de todas sus acciones, la regla de todos sus pensamientos.

No era muy diestro en el manejo de las armas, pero no era impetuoso, y poseía el secreto de estocadas que él llamaba *infalibles*.

En toda mujer veía un enigma, que inmediatamente se obstinaba en descifrar. Las estudiaba mucho mas que las quería, prefiriendo siempre las mujeres ricas á las mujeres hermosas.

Rafael era todo lo contrario: jugaba con delirio, se batía con arrogancia, y amaba con locura. De la primera mujer que le gustaba hacía en el acto su felicidad presente, su felicidad futura, y hasta su felicidad pasada; en la primera carta que se le ponía delante veía siempre su fortuna: en los lances que llaman de *honor* no pensaba nunca en herir ni en matar, sino solo en batirse.

Todo lo que Estéban tenía de juicioso y ordenado, tenía Rafael de informal y de loco.

Estéban daba muchas vueltas antes de llegar al fin que apetecía, mientras Rafael se lanzaba como un rayo sobre el objeto de sus impacientes deseos.



Ana Bolena habria elegido á Estéban para ministro, y á Rafael para favorito.

Cuando al primero le salia mal la cuenta, fruncia el entrecejo, se atusaba el bigote muy suavemente, y decia:

—¡Bah! He sido un tonto.

Cuando el segundo conocia la injusticia de alguna de sus ligerezas, se golpeaba la frente, exclamando:

—¡Dios mio! ¡Soy un miserable!

Ambos gozaban de los favores de la buena sociedad: Estéban porque era temible; Rafael porque era adorable.

---



## II.

Un dia se encontraron en la calle á una hora en que no solian verse. Llevaba Rafael la direccion de la casa de Estéban, y este parecia que iba á casa de Rafael.

Iban encontrados como siempre, y como siempre cada uno se opuso al camino del otro. Los dos se detuvieron: no era Rafael el que tenia el pensamiento mas pronto; pero su lengua se anticipaba siempre, porque hablaba sin pensar. Por eso, cuando incurria en lo que Estéban llamaba una *inconveniencia*, y se veia reconvenido, se escusaba, diciendo:

—Tienes razon; lo hice sin pensarlo.

Se encontraron, pues, y Rafael le preguntó á su amigo, poniéndole las manos en los hombros.

—¿Dónde vas por aquí?

Estéban se valió de un gesto para tomarse tiempo, ó para eludir la pregunta, porque no entraba en su sistema mentir mas que lo absolutamente necesario: si podia callarse la verdad, se la callaba.

Tomó Rafael el gesto por una respuesta, y añadió:



—Pues, mira, me alegro de encontrarte... Imagínate que iba á tu casa. Tengo que hablarte de un asunto que me interesa mucho.

—Tienes cara, dijo Estéban mirándole fijamente, de haber hecho alguna barbaridad.

—No, le contestó: hasta ahora no he hecho mas que pensarla.

—¡Me asombras...! ¡Pensarla! ¿Desde cuándo has caído en la manía de pensar?

—Hace ya muchos dias que me suelo sorprender pensando. ¿Te parece esto muy extraordinario? Pues, mira, á mí tambien me lo parece.

—Veamos: ¿qué piensas?

—Prepárate como si fuese á estallar una bomba en tus oídos: agárrate á mí para no caer de espaldas. Vas á oír una cosa inaudita. ¿Estás dispuesto?

—Habla, contestó Estéban; me tienes muy acostumbrado á tus desatinos.

—Este es el disparate del siglo.

—Lo creo.

—Oye... pienso... ¡casarme!

—¡Casarte...! ¿Cómo diablos te se ha ocurrido semejante idea?

—En honor de la verdad, no se me ha ocurrido.

—Eso ya es otra cosa.

—La he soñado.

—Vamos, entonces es que estás durmiendo



todavía: despiértate, y hablemos formalmente.

—Verás: he soñado que la soledad es triste, que era yo un pájaro solitario que volaba de una parte á otra sin poder estarme quieto en ninguna... un pájaro sin nido... Cansado de dar vueltas en la cama, me desperté... me dolía todo el cuerpo, y sin saber cómo me encontré repentinamente sorprendido con la idea que acabo de comunicarte, sin que pueda yo adivinar quién me la ha metido en la cabeza.

—Quiere decir, añadió Estéban, que será una idea como todas las tuyas: fugitiva.

—No; es cosa resuelta: me caso, aunque el mundo se hunda.

—¡Casarte...! ¡Casarte...! repitió Estéban con burlona sonrisa.

—Eso mismo hago yo desde que me encontré con esta idea: levanto los ojos, abro la boca, me encojo de hombros, y esclamo á cada momento: "¡Casarme! ¡Casarme!"

Frunció Estéban la boca elevando el labio inferior á una altura respetable, y moviendo la cabeza de un lado á otro con la lentitud de la balanza que pesa el *pro* y el *contra*, dijo:

—¡Phs...! bien mirado, no está el mal en casarse.

—Pues ¿en qué está el mal? preguntó Rafael con ingenua curiosidad.

—El mal está en que seas tú el que te cases.

—¿De forma que si me empeño en ello me



veré en la necesidad de buscar á otro que se case por mí?

—No debes empeñarte en ello.

—¿Por qué?

—Porque tú no debes casarte nunca. Seria una insigne locura.

—Tú eres muy razonable. Todo lo razones, y no creo que en esta ocasion me ocultes el por qué de tan temerario juicio.

La razon es muy sencilla. No debes casarte, porque eres un loco.

—¡Magnífico! Yo soy un loco que no debo casarme, porque seria una locura. ¡Ve tú aquí una cosa que no entiendo!

—El matrimonio es un asunto muy serio,

—¡Demonio! Entonces, ¿cómo es una locura casarse?

—La locura consiste en que tú no eres para casado.

—¿Estoy yo acaso de non en el mundo...?

—Así lo creo.

—¿Por qué razon?

—Porque tú no sabes elegir.

—¡Elegir...! ¡Vaya una salida...! Si la mujer con quien uno ha de unirse para toda la vida se eligiera, como se elige una tela, una joya ó un diputado, me encontraria á estas horas unido por los lazos indisolubles del matrimonio con la mitad, por lo menos, del género humano, porque te aseguro que, una con otra, todas



las mujeres me gustan ; pero ten entendido, calculador insensato, que la mujer que ha de cautivar nuestra voluntad y ha de llenar nuestra alma, no se elige : se encuentra.

Estéban echó las manos atras , y soltó una carcajada, exclamando:

—¡Infeliz...! Entreveo tu destino... Y despues de todo, es lo mas natural del mundo. Vas á seguir la suerte de todos los seductores. Por lo visto no quieres perder la celebridad que te han proporcionado tus empresas amorosas, y vas á hacer un matrimonio ruidoso... Vamos á ver : ¿qué has encontrado? Cuéntame esa novela.

—Maldito el efecto que me hacen tus palabras, porque ya sabes que mis disparates no ceden ante tus burlas. Tu alma es un cartabon, y tu pensamiento un compás. Hombre de hielo... si tú la vieras, te derretirias como la nieve cuando el sol la ilumina.

—No necesito verla para imaginarla , y te aseguro que no me derrito. Una cara fresca, unos ojos hermosos, una voz dulce, un cuerpo lleno de gracia: juventud, belleza, pasion... cuanto le es indispensable á una mujer como ella para atrapar á un hombre como tú. ¡Lástima fuera que la heroina de tu novela tuviera los ojos torcidos y la boca grande, ó la nariz larga! Claro está que ha de ser la misma Vénus de Médicis. Fidias no la haria mas perfecta.



Convengo en ello: mas conven tambien en que todas esas perfecciones se encuentran al volver de cada esquina. Esa es la suma en bruto, de la que el tiempo, las enfermedades y los disgustos se encargarán de ir restando, uno á uno ó dos á dos, todos sus encantos.

Rafael movió la cabeza con aire de resuelta incredulidad, y su amigo continuó diciendo:

—¿No? ¿No te acomoda eso? Pues bien: supongamos que obtiene el singular privilegio de una juventud perpetua y de una belleza eterna. Tú no querrás morir demasiado pronto, y tendrás que envejecer, y calcula cuál será tu suerte si al cabo de unos cuantos años te ves marido sexagenario de una mujer jóven y hermosa.

—Tus razonamientos, dijo Rafael, son concluyentes; pero no hay que darle vueltas: me caso.

—¿Qué mujer es esa?

—No es mujer: es un ángel.

—Por supuesto, caido del cielo... eso es de cajon.

—¿Con un alma...!

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Cómo?

—Viéndola á ella,

—Sin duda, añadió Estéban sonriéndose, la cara es el espejo del alma. Sigue, sigue. ¿Dónde



la viste por primera vez? Porque supongo que este amor seria de golpe y porrazo; acaso repentino, como el de una apoplejía.

—La primera vez la vi de un modo muy particular.

—¡Hola!

—Y aun me parece que la sentí antes de verla.

—¡Ya lo creo! Tú vives viendo visiones. Además, ese es el orden en los amores de esta especie. La amabas antes de verla. ¡Vaya! Más que un encuentro, es una intuición, un golpe de genio... ¡Ay, Rafael! Eres famoso.

—Hace tres meses, me levanté una mañana con un humor de todos los demonios. Imagínate: la noche antes habia perdido sesenta mil duros.

—¡Sesenta mil duros! exclamó Estéban asombrado. ¡Tú no has tenido nunca esa suma!

—Es verdad, pero he podido tenerla.

—¿Jugaste sobre tu palabra?

—No.

—¿Entonces...?

—Tú dices que cuando se juegan diez mil reales y se pierden, no se pierden solamente diez mil reales, sino todo lo que con ellos hubiera podido ganarse. Calcula tú si con esos quinientos duros no habria podido ganar sesenta mil.

—Exacto.



—Salí de mi casa agobiado por el peso de la cantidad que habia perdido, y esplicame tú cómo pesa tanto en el alma el dinero que no se lleva en el bolsillo. Crucé una calle, y luego otra, y despues otra. Yo no sé cómo me encontré en la plaza de Oriente. Una vez allí, mi primera intencion fue perderme en los solitarios paseos del Campo del Moro. De todas maneras estaba perdido... Mas varié de parecer, y le volví la espalda á la Cuesta de la Vega; la calle Mayor se me puso delante, y entré en ella.

Estéban le interrumpió diciéndole:

—No sé dónde vas á parar, pero presumo que cuanto acabas de referirme es completamente inútil. Para encontrarse en Madrid una mujer mas ó menos hermosa, no se necesita dar tanta vuelta.

—Se necesita, contestó Rafael; pues sin esa vuelta probablemente no la hubiera encontrado. Ello es que entré en la calle Mayor y me detuve delante de la puerta de Nuestra Señora de la Almudena.

—¡Magnífico...! exclamó Estéban: aun no habias tropezado con tu futura, y ya estabas en la puerta de la iglesia.

—Justo.

—Vamos, sigue, sigue.

—Sentada en el primer escalon de piedra que hay que subir para entrar en el templo, una niña de siete á ocho años lloraba amarga-



mente, cubriéndose el rostro con las manos, como si quisiera detener el diluvio de lágrimas que salía de sus ojos. Me acerqué á aquella criatura, y quise enterarme del motivo de su pena, y entre amargos sollozos que entrecortaban su voz, me contó que habia perdido la friolera de siete pesetas, que era el jornal de la semana que la pobre niña ganaba no sé en qué taller, y que las habia cobrado ella porque su madre estaba enferma. Algunos curiosos se habian acercado, y cada uno pensaba del caso lo que tenia por conveniente. Unos culpaban á la madre, sin duda porque estaba enferma; otros culpaban á la niña, tal vez porque no tenia veinte años, como si siete pesetas no pudiera perderlas cualquiera al volver de una esquina. Figúrate, habia yo perdido quinientos duros la noche anterior al volver una carta. No faltó, en fin, quien murmurando á mi espalda, dijo: "¡Farsa, pura farsa!"

—Ese estaba en lo cierto, añadió Estéban.

—Pues, mira, al oirlo tuve intenciones de taparle la boca con la mano; pero detuve el bofetón que me bullia en los dedos y eché mano al bolsillo, y como quien aboca un cántaro, lo vacié en la falda del vestido de la niña, que se deshacia en lágrimas. Era una provocacion, á la que nadie contestó, y el hombre de la *farsa* tomó el prudente partido de coserse la boca. En este momento fue cuando vi aparecer



ante mis ojos la figura mas bella que he visto en mi vida.

—¡Ya pareció aquello! dijo Estéban.

—Imagínate, siguió diciendo Rafael, una falda negra y un manto con velo.

—Espérate, exclamó Estéban, como quien se siente acometido de una idea repentina. Entreveo una aventura famosa, pero estoy en ayunas; tú, héroe de la presente novela, no creo que hayas tenido el mal gusto de almorzar, de manera que te convido á que presencias cómo este hombre de hielo almuerza en el primer café que topemos al paso: mientras yo engullo, tú hablas.

—Acepto, contestó Rafael.



### III.

Se había engañado Estéban, porque, una vez instalados en el café, Rafael tomó una parte activa en el almuerzo.

—Veo, dijo su amigo, que eres un enamorado vulgar, que sueña con una basquiña negra y un manto con velo; y, sin embargo, almuerzas solomillo de vaca.

Rafael no pudo contestar, porque tenía la boca llena; y para desembarazarse del obstáculo que le trababa la lengua, tuvo que apelar á un soberbio sorbo de Valdepeñas. Entonces se apresuró á decir:

—Sea lo que tú quieras; pero detras del velo de ese manto, de que tú te burlas, brillaron para mí una mirada y una sonrisa que no olvidaré nunca, y que recordaré hasta despues de muerto.

—¡Una mirada y una sonrisa...! ¿Eso es todo lo que has visto?

—Eso.

—No es mucho, y, sin embargo, es bastante.

—¡Ya lo creo! exclamó Rafael, saboreando el recuerdo.



—¿Una mirada y una sonrisa que te dirían á quemarropa: *Yo te adoro?*

—No.

—Pues ¿qué te dijo? O por lo menos, ¿qué entendiste tú?

—Sus ojos me miraron con tierno agradecimiento, y su boca me ofreció en muda sonrisa las mas espresivas gracias.

—¡Gracias...! ¿Por qué?

—Por lo que he hecho con la niña.

—¡Ya!

—¿Te vas enterando?

—¿Acaso la niña era hija suya?

—Para los corazones nobles todos los desvalidos son hijos.

—¡Y bien!

—Alzó el velo que cubria su rostro, bajó la escalinata de piedra, pues salia de la iglesia; se acercó á la niña, enjugó sus lágrimas, y, asiéndola de la mano, se la llevó, llevándose tambien mi alma.

—Pero ¿qué demonios tenia ella que ver con esa chiquilla?

—Ya te lo he dicho: tenia que ver mucho: la unia á ella el vínculo estrecho que une á la generosidad con la desgracia.

—¡Oh qué sensible!

—Mucho.

—Pues, mira, las mujeres sensibles son las que suelen dar mas sentimientos.



Estéban hizo un gesto de desden, y siguió diciendo:

—Yo las seguí á una discreta distancia, hasta que las vi entrar en una casa de modesta apariencia. Esperé algunos minutos, y despues la portera me enteró de todo lo que yo queria saber. La niña vive con su madre en una buhardilla, y *ella* en el cuarto cuarto con su abuela, anciana imposibilitada, á quien la nieta cuida con cariñoso esmero.

—¿Y sale sola?

—Sí: no sale mas que á misa.

—¡Ay, Rafael! ¿Te has enamorado de una beata? En ese caso tendrás que hacer confesion general, y tendrás que echarle flores con el rosario en la mano... ¡Harás un sacristan admirable!

—Bueno: tus burlas me entran por un oido y me salen por otro... Tú no crees en nada mas que en tus cálculos, y yo creo en todo...

—Tú eres un niño, contestó Estéban, y yo soy un hombre; por consiguiente, todo eso que me estás contando no es mas que una niñería.

—Será; pero hace tres meses que me son indiferentes todas las mujeres, insulsas todas las conversaciones, me fastidia jugar, me cansó en el teatro: el gran mundo me marea. Ayer vi á Enriqueta, é hice como que no la veia. Matilde me invitó á comer en su espléndida mesa, y enfermo siempre que me invita. ¿Qué es esto?



—Nada.

—Nada, y al dia siguiente fuí á Santa María de la Almudena á la misma hora, y la vi; y al dia siguiente hice lo mismo, y todos los dias lo hago desde entonces, y la devocion y el recogimiento con que la veo en la iglesia me infunden un respeto tal, que oigo la misa de rodillas, y rezo sin poder contenerme. Ríete, pero escucha: no la veo solamente en la iglesia; he conseguido penetrar en su casa; la visito, y... me ama.

—Me asombras, exclamó Estéban. ¿Te ama...? Eso es formidable: ¿y cómo has conseguido llegar al colmo de tan estupenda dicha?

—La madre de la niña á quien yo socorrí se puso de mi parte.

—¿Sí, eh?

—¡Mira tú qué combinacion tan providencial!

—¡Providencial! dijo Estéban, golpeando una con otra las palmas de sus manos para llamar al mozo del café que les servia el almuerzo.

—Providencial, repitió Rafael, providencial; pues por mas que tú te enojas de la Providencia, no por eso deja de existir.

—Corriente: veamos la combinacion.

Imagínate que soy individuo de la Sociedad de San Vicente de Paul.

Dió Estéban un salto sobre su asiento, diciendo:



—¡Desgraciado...! ¿Tambien á ti te han metido en eso?

—Tambien; y bendigo la hora en que tuve tan feliz pensamiento. Hacia un mes que no sabia mas camino que el de Santa María de la Almudena, cuando me hice *Paul*, y entre los pobres que debia visitar y socorrer con los *bonos* de la Sociedad, estaba la madre, aun enferma, de la niña que yo habia socorrido. ¿Te enteras?

—Sí: me entero. Sospecho que eres víctima de alguna intriga tenebrosa. Esa mujer te ha servido de medio de comunicacion entre la buhardilla y el cuarto cuarto: lo demas se alcanza fácilmente, y creo que no habrás tenido que forzar ninguna puerta, ni violentar ninguna cerradura. Eres un libertino muy temible: ¡tomar por asalto las buhardillas, y entrar á sangre y fuego en los cuartos cuartos!

—Ni mas, ni menos.

—¡Café y cigarros! gritó Estéban al mozo que se acercaba.

Rafael dijo:

—En vista de todo esto, he resuelto casarme.

—Pero ¿sabes tú quién es esa mujer?

—Sí: un ángel.

—Lo mismo te pareció Enriqueta.

—¡Bah...!

—Lo mismo decias de Matilde.



—¡Oh!

—Lo mismo pensabas de Julia.

—¡Quiá...!

—Hablemos formalmente. Si queda en tu cabeza un resto de juicio, reflexiona un momento; y si reflexionas si eres capaz de semejante esfuerzo, te reirás de ti mismo. Le volverás la espalda á Santa María de la Almudena para no acordarte mas de su nombre, y te apartarás del borde del precipicio en que te encuentras. Entre tanto, voy á darte un consejo. Guarda el secreto de tu aventura bajo siete estados de tierra, que no lo trasluzcan los amigos, que no corra por Madrid, porque, si se estiende el caso, te silbarán. Tus locuras se han hecho célebres, y nadie te perdonará una tontería. Eres *Paul*, oyes misa todos los dias, y estás enamorado: no se necesita tanto para ser la fábula de las gentes. Eso puede hacerlo una persona insignificante, de esas que pasan por el mundo como sombras, sin que nadie repare en ellas; pero tú te espones á sufrir la rechifla del siglo. ¡Ya se ve! Han creído que debes casarte lo menos con una princesa, y ¡pobre de ti si te atrapa ese ángel con falda negra y manto con velo, que habita en las altas regiones de un cuarto piso!

—Por frias que sean tus palabras, replicó Rafael enfriando el café que humeaba en la taza, no conseguirás helar mi propósito; antes,



por el contrario, mi sangre se enardece ante la perspectiva de una lucha con el mundo, y me envanece la idea de encontrarme frente á frente de tan formidable enemigo. Te aseguro que, despues de oírte, mi resolucion es mas irrevocable.

—¡Ven acá, infeliz! ¿Sabes tú qué mujer es esa? ¿Estás seguro de que te ama? Y, sobre todo, ¿has de ser tan mentecato que creas que eres tú el primero que recoge las primicias de su corazon, y que vas á ser el único? No hagas gestos ni me mires con ojos de Júpiter irritado. Convengo en que es hermosa, en que es un prodigio de belleza, en que reúne todos los encantos con que las mujeres listas suelen alucinar á los hombres tontos; pero ¿no ves que es mas pobre que las ratas?

—Sí, contestó Rafael; es pobre, tan pobre, que vive de la labor de sus manos; no posee otras rentas.

—¡Una costurera! exclamó Estéban.

—No; es florista.

—Llámale *hache*: es un género sospechoso, que abunda mucho. Conquista de estudiante ramplon, de artesano calavera, ó de músico de *murga*, ni como mero pasatiempo, ni como puro capricho, es digno de ti.

—Hablas como un libro, alma de mármol, y, no obstante, todavía no has tropezado con la verdadera dificultad.

—¿Tiene aun mas dificultades el caso?



—Tiene una, una sola, en la cual puede estrellarse mi deseo de casarme con esa bella criatura.

—Veamos la dificultad.

—Que ella quiera casarse conmigo.

—¡Que ella quiera...! ¡Desdichado! ¡Esa es una cosa que quieren todas las mujeres!

—Me alegro, exclamó Rafael, porque así querrá.

—A tu gusto, mula. Por lo que hace á mí, tambien he pensado casarme.

—¡Tú...! gritó Rafael lleno de asombro.

—Yo, contestó su amigo. Es un asunto al cual le estoy dando vueltas hace un año.

—Pero... ¿te has enamorado?

—No; entonces no pensaria en casarme.

—¡Oh! eres absurdo.

—A ti te lo parece, que tienes el entendimiento del revés. Casarse enamorado es casarse á ciegas, es ir al matrimonio con una venda en los ojos. Eso seria estúpido. Hace un año que estudio todas las circunstancias de la mujer que pienso elegir, y he llegado ya á completar mis observaciones; no me falta mas que un dato para reunir en un total exacto la mujer que yo necesito. Así es como se hacen estas cosas.

—Y dime, Estéban: esa mujer, ¿te quiere?

—¡Phs! Le acomodo, y basta. Es demasiado juiciosa para incurrir en esos enamoramientos locos que no tienen pies ni cabeza.



—Estéban, ¿te vas á casar con una vieja?

—No: es jóven.

—¿Es fea?

—Regular... No es tu Vénus de Médicis. Fí-dias tendria bastante que corregir en ella; pero como yo no la quiero para un Museo, me importa muy poco que no merezca la admiracion que se tributa á las estatuas de los grandes maestros.

—Por supuesto, ¿será muy rica?

—No pasa en el mundo por tal cosa, y esa circunstancia me es sumamente agradable, pues me ahorra el fastidio de tener rivales.

—¿Es un secreto?

—No... He puesto, digámoslo así, mis ojos en la sobrina del general...

—Esa, dijo Rafael, ha tenido muchos pretendientes.

—Muchos, añadió Estéban, cuando creyeron que su buen tio era millonario; pero ya se han convencido de que el general no tiene mas que su paga, y ya no les ha parecido tan blanca la mano de la sobrina.

—Y tú, ¿piensas casarte con ella?

—Sí; es la mujer que me conviene. No es conveniente entrar á formar parte de una familia sin conocerla á fondo. Y necesito yo acabar de comprender el carácter del general, viejo solteron, gran calavera en su tiempo, y que es el jefe de la familia; quiere mucho á su herma-



na, esto es, á mi futura suegra. ¡Cosa bien natural, pues la pobre enviudó, y no tiene mas amparo que el de su hermano! Pero este hermano es para mí un enigma, y mientras no lo descifre, no me caso. Yo lo trato con mucha intimidad, y me parece que ya estoy en la pista de su secreto.

—¿Qué secreto? preguntó Rafael.

—¡Toma! El secreto de su carácter. En el fondo es un buen hombre; quiere mucho á su sobrina, que es única...

—Y á ti, ¿qué te importa el carácter del tío?

—Eres un pobre hombre, le contestó Estéban; me importa mucho.

Habian terminado el almuerzo, y ambos fumaban, lanzando al aire soberbias bocanadas de humo azul y perfumado.

Estéban llamó al mozo, y le pidió la cuenta, y Rafael echó mano al bolsillo, decidido á pagarla.

—Espera, le dijo su amigo: aunque el amor no te ha quitado el apetito, este almuerzo me toca á mí pagarlo; por eso te ofrezco el desquite. Los dos vamos á casarnos. Pues bien: apostemos un almuerzo...

—¿A qué? preguntó Rafael.

—A que te sale mal la cuenta de tu matrimonio: y como esto es seguro, tendrás ocasion de darme un almuerzo opíparo.

—Convenido; mas si tú pierdes...



—Si pierdo, se apresuró á decir Estéban con la risa en los labios, el almuerzo será espléndido.

—Está hecha la apuesta.

—Está hecha.

Los dos amigos se pusieron de pie, y salieron juntos.

---



#### IV.

Muchas veces habreis observado el efecto que produce una piedra al caer sobre la tranquila superficie que presenta el agua de un estanque, y habreis seguido con atenta mirada la sucesion de círculos que, partiendo del punto en que la piedra choca con el agua, van estendiéndose hasta quebrarse en las paredes del estanque.

Es curioso ver cómo cada uno de esos círculos, ensanchándose fantásticamente, pone en movimiento toda la superficie del agua.

El agua es así; comunicativa como las mujeres, como los niños, como los hombres; la impresion que recibe, la esparce, la estiende inmediatamente á su alrededor: no hay forma de confiarle ni el grave secreto de una piedra, sin que al momento no se estienda la noticia, siguiendo el movimiento expansivo de los círculos, que anuncia el suceso en todas direcciones.

El aire tiene el mismo sistema de publicidad.

Como el agua, procede por ondulaciones: el efecto que produce en el agua la piedra al romper la superficie, causa el sonido en el aire.



Un pueblo viene á ser un estanque humano; dejad caer en él una noticia cualquiera, y vereis reproducido el mismo fenómeno; el rumor se estenderá en círculos, que recorrerán mas ó menos lentamente toda la superficie de la sociedad de boca en boca y de oído en oído.

La superficie de Madrid se habia puesto en movimiento, por el choque repentino de una especie inesperada que habia caído como una bomba. Casualmente ningun suceso extraordinario turbaba á la sazón el reposo de la vida, y las gentes comenzaban á fastidiarse de la tranquilidad del mundo, que parecia muerto.

La piedra cayó en un salon, y su choque se fue sucesivamente repitiendo como un eco en los demas salones. La buena sociedad se hacia lenguas, comentando de diferentes modos el caso que se ofrecia á su encantadora locuacidad. El asunto se hizo inmediatamente de moda, por la sencilla razon de que no habia otro de mas interes en aquel momento.

¡Buena sociedad! Ante esta combinacion de palabras, es preciso bajar la cabeza con amable cortesía, detenerse con respeto, sonreirse y prorumpir de nuevo:

¡Buena sociedad!

Ambas palabras, de ese modo unidas, forman una frase, una designacion que viene á ser como un nombre propio con el que se designa al conjunto de seres que brilla en las altas re-



giones de la sociedad, siendo á esta lo que es la espuma al agua. Lo que hay mas ligero, mas brillante, mas movible, y á la vez mas inalterable, los mas grandes sucesos, apenas consiguen conmoverla.

Ella ha visto venir sobre sí esta horrorosa tempestad de pasiones, de vicios y de crímenes que conocemos con el nombre de *revolucion*, y ve pasar las catástrofes con la frente serena y la sonrisa en los labios, como si la altura de su posicion fuera inaccesible al desastre. Semejante al fastuoso Baltasar de Babilonia, se verá sorprendida en medio del festin.

No se puede invertir el órden de las dos palabras de que hablamos, sin que la frase pierda el valor de su especial sentido. La lengua castellana, por un capricho que la gramática no esplica con escesiva claridad, no quiere, por lo visto, que se confunda la *buena sociedad* con la *sociedad buena*.

No ha querido tal vez que se confunda el agua con la espuma, el humo con el fuego, las hojas con el fruto, los rayos con la luz.

De cualquier modo que sea, el mundo de los salones, es, en efecto, un gran mundo; sus horizontes son interminables como el fondo siempre azul de los espejos; su atmósfera es el lujo, su sol la moda, su cielo es la tierra.

En él se encuentra la sociedad verdaderamente amena. Conversaciones vivas, animadas,



llenas de gracia; la mas fina franqueza, muchos rostros bellos y algunos corazones hermosos.

En esta capa de la sociedad, que por el órden gerárquico es la primera, todo es lo último, porque su forma absolutamente indispensable, es siempre la última moda.

La última manera de saludar que ha venido de Lóndres.

La última manera de sonreir que ha llegado de Paris.

El último modo de sentarse.

La última manera de mirar.

Es una sociedad antigua, antiquísima, y, sin embargo, en ella todo es nuevo, porque la novedad es el aire que respira, el aire necesario á su vida.

En estas regiones, era Rafael todo un personaje; su noble figura, sus impetuosos arranques, sus locos amores, sus desafíos y sus generosidades, lo habian hecho célebre: era el hombre de moda. La buena sociedad jugaba con él como un domador de fieras con su leon favorito.

Era á la vez la esperanza de las jóvenes que, bien avenidas con el mundo, habian resuelto irrevocablemente no ser monjas, y la desesperacion de las que, menos jóvenes, no tenian ya mucho tiempo que perder en vanos galanteos.

Las primeras esperaban que sentara la cabeza, casi seguras de que no habia de ser un



calavera toda su vida; y las segundas se desesperaban pensando que no la sentaría nunca, en vista de que no la habia sentado ya.

Unas y otras conocian que en aquel hombre habia por lo menos dos terceras partes de niño; circunstancia feliz para cautivar el deseo impaciente de las mas impresionables, porque el amor se pasa la vida jugando y riendo, y á las mujeres les gusta mucho reñir con los hombres y jugar con los niños.

Rafael era, por consiguiente, el niño mimado.

Se fijaban en él muchos ojos con esa expresion con que miramos una fruta exquisita que no ha madurado todavía.

El sol de tantas miradas habia sido inútil hasta entonces, porque el fruto apetecido continuaba verde.

Entre las mujeres que se miran demasiado en el espejo, es frecuente que el amor propio haga las veces del amor, y ocurre que toman la vanidad por cariño; así es que Rafael ejercia una influencia poderosa sobre el corazon, digámoslo así, de muchas mujeres. Era un objeto de moda, y se lo disputaban como un lazo, como un aderezo, como un vestido, como un coche, como un palco.

El, por su parte, se dejaba traer y llevar; le halagaban los fugitivos triunfos que su celebridad le proporcionaba, y era un *coqueton*,



que se complacia en infundir esperanzas y en alimentarlas. Visto por este aspecto, era un hombre frívolo, capaz de hacerle el amor á una rueda de molino.

Venia á ser, poco mas ó menos, para ellas un dije, una joya, que hubiera podido venderse muy cara, porque muchas mujeres la hubieran adquirido á cualquier precio.

Se le engañaba fácilmente, pero no se le cogia nunca. Se escapaba precisamente en el momento en que parecia que iba á caer, dejándolas con la boca abierta, como los niños á quienes se les escapa el pájaro de entre las manos.

Cualquier comerciante hábil hubiera hecho con él un buen negocio sacándolo á pública subasta.

Su movilidad nacia naturalmente de su buena suerte; contaba siempre con el éxito, y era inconstante, como la fortuna.

Su corazon no tenia tiempo para fijarse; se agitaba en un círculo de seducciones continuas que no le dejaban ni un momento de reposo.

Cuando los ojos de Margarita habian penetrado algo en el fondo de su corazon, la sonrisa de Matilde lo encantaba, ó las lágrimas de Julia lo conmovian.

Las alas de su corazon se hallaban siempre en incesante movimiento, como las alas de las mariposas.

Fijarlo era la gran cuestion.



La vanidad mas ó menos tierna, mas ó menos escitada de muchas mujeres, se hallaba empeñada en esta lucha, cuando estalló como una bomba la siguiente noticia:

"¡Rafael se casa!"

Esta fue la piedra que cayó en el brillante charco del gran mundo.

La noticia era incompleta, y arrancaba de todos los labios una misma pregunta, que para espresarla bien hay que colocarla entre dos admiraciones, porque la ortografía tiene tambien sus caprichos. Era á la vez una admiracion y una pregunta; la curiosidad y el asombro preguntaban:

"¿Con quién?"

La respuesta la encontraremos mas adelante.

Entre tanto la noticia, semejante á una moneda corriente, comenzó á circular por los mas altos círculos.

El linaje humano, considerado geométricamente, no es mas que una ingeniosa combinacion de círculos.

Mírese atentamente, y se verá que el círculo es la forma corriente de toda sociedad.

Círculos políticos, círculos elegantes, círculos mercantiles, círculos industriales, círculos privados, círculos viciosos; sea el que quiera el motivo, la ocasion ó el pretesto, allí donde se reúnen unas cuantas personas, allí se forma necesariamente un círculo.



Esta tendencia manifiesta de la especie humana á la línea curva, puede dar á un matemático y á un filósofo materia para venir á parar á una misma conclusion.

Ambos pueden llegar por distintos caminos á un mismo término, igualmente matemático y filosófico.

Los dos se tropezarán, encontrándose al volver, digámoslo así, la misma esquina.

Dirá el matemático: "Los hombres son series de puntos que marchan siempre en direcciones curvas, proyectando círculos."

Y dirá el filósofo: "El hombre es un ser que huye del camino derecho."

Hay círculos cuyo punto céntrico es una mujer brillante por la triple aureola de la belleza, de la juventud y del fausto.

O de otra manera:

Toda mujer que brilla, tiene un círculo de adoradores.

De todos los círculos, los que se forman alrededor de las mujeres son los mas temibles para los padres, para los maridos, para los hermanos.

Son verdaderos sitios puestos á la honestidad, á la virtud, al buen nombre de una mujer.

Esas mujeres, verdaderos soles de la moda, encerradas dentro del círculo de cortesanos que de continuo las rodea, adulando sus defectos y lisonjeando sus vanidades, resplandecen como



joyas dentro del círculo de espejos en que se contemplan en los aparadores que se hallan espuestas; son una especie de anuncios vivos que dan á la industria muy buenos resultados, porque ellas son las que estienden y popularizan los caprichos con que la moda, siempre nueva, especula principalmente con la bella mitad del género humano.

Si estas celebridades del gran mundo tuvieran algunos momentos de sobra para pensar en la verdadera naturaleza de la admiracion que causan, no se encontrarían tan envanecidas de su propio mérito, porque observarían que la doncella que hace el tocado, la modista que corta el vestido, el joyista que dispone los aderezos, los encajes, la seda, las perlas, los brillantes y el terciopelo, son los que muchas veces obtienen el honor del triunfo.

La mayor parte de estas mujeres brillan, como la luna, con la luz que el sol le presta. Si los resplandores del lujo no las iluminaran, vivirían completamente oscurecidas.

Llenos están los periódicos de *gacetillas* que describen las suntuosas fiestas, ya de un salon, ya de otro, y mas bien parece que se hace el inventario de un almacén de trajes, aderezos y adornos, que la descripción de una fiesta de seres humanos.

El instinto advierte sin duda á los cronistas de los salones que hay mujeres á las que debe



justipreciarse mas por lo que cuestan que por lo que valen.

Toda mujer que tenga á la mano una buena fortuna que consumir, hallará en Madrid siempre abierta la puerta de esta celebridad mas envidiada que envidiable.

Tributemos aquí un ligero homenaje á esas glorias humanas, abriendo al paso las dos admiraciones que siguen:

¡Qué profunda debe ser la satisfaccion de una madre al saber por la *gacetilla* de cualquier periódico que su hija posee la virtud de un collar de perlas inmaculadas, ó el mérito de un aderezo encantador, de una falda vaporosa, ó de un prendido del gusto mas esquisito...!

¡Con qué tranquilo orgullo averiguará que la tierna madre de sus hijos está públicamente reconocida como un modelo de elegancia, sol de la moda en el cielo de los salones...!

La marquesa de... no importa el nombre, tenia su círculo de cortesanos, de adoradores, y repetida por las diferentes bocas abiertas que rodeaban su fausto, habia resonado la inesperada, la repentina noticia:

"Rafael se casa."

Semejante especie causó una impresion vivísima, y nadie supo responder á la pregunta que se habia escapado de muchos labios.

La marquesa frunció su audaz entrecejo. Margarita rasgó impensadamente la magnífica



tela de su abanico, y las mejillas de Matilde palidieron bellamente. Las tres, no obstante, se miraron á la vez y se sonrieron á un tiempo. Estas tres mujeres eran las que entonces se disputaban en primera línea los locos obsequios del afortunado calavera.

Hubo un momento de silencio, durante el que cada cual buscaba sin duda quién podría ser la hermosa criatura ó la rica heredera que habia conseguido fijar aquel corazon inquieto é inconstante.

Al fin la marquesa rompió el silencio, diciendo con seguridad desdeñosa:

—No lo creo.

—Pues es positivo, replicó el atildado jóven que habia llevado la noticia á los salones de la arrogante marquesa. Lo sé de un modo auténtico. Ya sabe V. que yo bebo en buenas fuentes.

—No sé, contestó la marquesa, en qué fuente habrá V. bebido esta noche; pero es el caso que ha bebido V. á medias.

—¿Por qué? preguntó el jóven.

—Es muy sencillo, añadió Matilde; porque averiguar que se casa y no saber con quién, es traer media noticia.

—Señora, yo he traído una noticia completa y verdadera... Rafael se casa : este es el hecho principal, culminante ; lo demas es accesorio, accidental, insignificante.

—No es tan insignificante, señor mio, dijo



Margarita; y si V. me apura, le diré que mientras no se sepa con quién, la noticia, á mis ojos por lo menos, es muy dudosa.

—Antes de media hora sabrán Vds. quién es la futura, puesto que le dan tanta importancia á ese pormenor que en nada altera la realidad evidente del hecho de que se trata.

Y diciendo y haciendo salió de la sala tan precipitadamente, que no reparó en Estéban, que entraba al mismo tiempo.

La marquesa esperó que el amigo de Rafael se le acercara á saludarla; pero Matilde no tuvo paciencia, y, al verlo, exclamó:

—Llega V. á tiempo... Acaban de decirnos que su amigo de V. se casa.

—Pues les han dicho á Vds. la verdad, contestó Estéban.

—¿Y cómo es eso? preguntó Margarita.

—Hé ahí una cosa difícil de esplicar; él mismo no acierta á darse cuenta de lo que le sucede. Hay por medio una falda negra y un manto con velo. Debajo de este luto ha descubierto toda una primavera de flores.

—¿Es jóven? preguntó uno.

—El dice que empieza á serlo.

—¿Bella?

—El asegura que es un ángel; y si no lo es, debemos suponer que así le ha parecido. Además, á los diez y ocho años suelen serlo todas las mujeres.





—Llega V. á tiempo. Acaban de decirnos que su amigo de V. se casa.







—¿Cómo se llama? preguntó la marquesa.

—Se llama María.

—¿A qué familia pertenece?

—A una gran familia; á la numerosa familia de las gentes desconocidas. Por lo demas, sé que vive con una anciana imposibilitada, á quien llama abuela. Esta anciana es viuda de un militar, y disfruta una pequeña pension. Me parece que no puedo dar mas pormenores.

—Con esa pension podrán vivir apenas, dijo Margarita, y en ese caso deberá ser una hermosura de buhardilla, verdadero ángel, puesto que vive de tejas arriba.

Celebrose la gracia con una risa general, y Estéban contestó, diciendo:

—No tanto: habita en un cuarto cuarto; tiene su nido, como las golondrinas, bajo el alero del tejado.

La marquesa dió á su fisonomía una espression picaresca bastante graciosa, y al mismo tiempo preguntó:

—Y con la corta pension de la abuela, ¿puede permitirse la nieta el lujo de un cuarto piso?

—Es que no cuentan solo con la pension.

—¡Hola...! exclamó Matilde: ¿poseen rentas del Estado?

—No, señora, contestó Estéban.

—¿Tiene algun tio en Indias? preguntó á su vez Margarita.



—Tampoco.

—¡Vamos! añadió la marquesa; si no tiene un tío en Indias, puede haber algun primo que la proteja.

Este equívoco de la marquesa obtuvo un éxito completo, levantando un murmullo de aprobacion. Todos los presentes convinieron en que era el chiste mas espiritual que habian oido nunca.

La tertulia empezaba á animarse.



## V.

Estéban calculó, y calculó bien, el gran efecto que debia producir en la tertulia habitual de la marquesa la noticia del casamiento de su amigo, y se complacia viendo que el asunto se habia hecho tema obligado de la conversacion.

Su propósito era levantar una cruzada contra semejante matrimonio, y contaba para ello con los celos de unas, con la envidia ofendida de otros, y con la maledicencia de todos.

No entraba en su sistema la difamacion ciega ni la calumnia sorda; contaba lo que sabia con cierta puntualidad, dejando á los demas el cuidado de las suposiciones malévolas y de los comentarios equívocos.

Realmente no movia su ánimo ninguna passion, ningun interes perverso. ¿Qué le importaba á él que Rafael se casara con quien tuviera por conveniente? Pero ¡ya se ve! un matrimonio tan desigual repugnaba á su naturaleza, fria, calculadora y egoista.

Si él hubiera explicado el impulso que lo



guiaba, habria dicho que era el interes paternal de un cariño verdadero, pues, como amigo, no debia consentir que cayera en el lazo que indudablemente se le tendia. Para apartarlo del camino que habia emprendido, todos los recursos eran buenos, pues, como ya debemos haber sospechado, profesaba el atroz principio de que el fin justifica los medios; por consiguiente, dejaba que María fuera blanco de las mas crueles sospechas; es verdad que él, por su parte, no tenia de ella la opinion mas favorable: le pareció desde luego que habia de ser una de esas virtudes dudosas que ocultan bajo las apariencias del decoro debilidades mas ó menos interesadas para no perder la esperanza de encontrar un marido á propósito, que nunca faltan para esta clase de mujeres.

El corazon impetuoso de Rafael era un peligro, pues si llegaba á enamorarse de veras, lo arrostraria todo antes que renunciar á su presunta dicha. Despues descubriria el engaño de que habia sido víctima, y entonces la catástrofe seria inevitable.

De esta manera discurria Estéban, empeñado en salvar á su amigo del peligro en que lo veia precipitarse; y pretendió detener el ciego impulso de aquel amor repentino con las carcajadas del mundo, que lo perseguirian por todas partes.

El fue, pues, el que estendió la noticia, ha-



ciéndola correr por los cafés, desde donde se elevaria á los salones, como se elevó, en efecto.

Así es que Estéban, contestando á las últimas palabras de la marquesa, dijo:

—No sé si hay tío, ó es simplemente un primo, quien ha tomado á su cargo la proteccion de la hermosa nieta y de la abuela impedida; mis noticias no llegan á tanto: lo que sé positivamente es que la misteriosa ninfa posee la habilidad de hacer flores, segun Rafael, de una belleza admirable.

—Yo no puedo convenir, dijo Matilde, en que Rafael piense en eso formalmente.

—Pues es indudable, replicó uno de los circunstantes; y si Vds. conocieran á esa señorita, no lo pondrian en duda; es de una belleza irreprochable, y de una conducta irrepreensible.

—¿V. la conoce? preguntaron á la vez muchas voces.

—La conozco, contestó, y aseguro que vale la pena.

—En cuanto á la belleza, añadió la marquesa, será un portento; pero V., amigo mio, no es autoridad en el asunto. Es V. demasiado bondadoso con nosotras, y basta que sea mujer para que vea V. en ella todas las perfecciones imaginables.

—Señoras, no digo yo que es una cosa sumamente extraordinaria, que pame ni asombre. Tal vez la nariz carezca de la rectitud es-



tética del perfil griego; pero hay tal dulzura en su rostro, una espresion tan suave, tal delicadeza en los contornos, que impresiona vivamente luego que se pára la atencion en ella.

Margarita no pudo contenerse, y dijo:

—¡Vamos! Es una belleza de primera impresion, y cabalmente las primeras impresiones suelen ser engañosas.

—No tal: el efecto que causa no es repentino, sino lento; no es de esas hermosuras que se vienen á los ojos, y todo lo dicen de una vez, sino, por el contrario, su belleza parece velada, y poco á poco se va descubriendo: cuanto mas se la ve, mas gusta.

—¡Oh! exclamó la arrogante marquesa: pertenece, por lo visto, á esas mujeres de belleza insignificante y vulgar, á las que hay que acostumbrarse para que no parezcan feas.

Matilde deslizó estas palabras:

—Hé ahí una mujer que no debia dejarse ver nunca por primera vez.

Toda la tertulia celebró el chiste; y el que sostenia la belleza de la florista contra el torrente de la opinion pública, dirigida por la marquesa, por Margarita y por Matilde, despues de reirse como los demas, dijo:

—Si Vds. me apuran, me veré obligado á emprender la retirada, pues no hay forma de luchar contra tan poderosos enemigos. Si Vds. se empeñan en ello, será fea, horriblemente fea.



—No, no, se apresuró á decir Margarita; no tenemos empeño en ello.

—Entonces, créanme Vds... No digo yo que deslumbre, pero les aseguro que cautiva.

—¿Lo sabe V. por experiencia? preguntó Matilde.

—No, contestó.

—Esa manera de hablar es sospechosa, añadió Margarita.

—Aseguro... empezó á decir.

Pero la marquesa le cortó la palabra, añadiendo:

—No debemos insistir en ese punto: los amantes afortunados son muy discretos...

—¡Juro, exclamó con vehemencia, que mis pretensiones fueron bizarramente rechazadas!

—¿Luego...?

—Ni luego ni antes, replicó: declaro que estuve á punto de perder el juicio por esa bella criatura; pero, en honor de la verdad, ella misma me hizo entrar en razon; porque han de saber Vds. que á su bondad une un talento de primer órden, y me convenció plenamente de que debia renunciar á mis pretensiones; ella lo quiso, y renuncié.

Estéban puso la mano sobre el hombro del que acababa de hablar, y con sonrisa lisonjera le dijo:

—Amigo mio, eso es inverosímil.

—¿Por qué? preguntó.



—Estas señoras lo dirán, si quieren ser ingenuas.

Las señoras permanecieron calladas.

Entonces una voz algo cascada tomó parte en la conversacion , diciendo:

—Las señoras no confesarán nunca que les es siempre agradable verse pretendidas, sea quien quiera el hombre que las pretenda. No renuncian fácilmente á sus conquistas. Hé ahí sin duda lo inverosímil del caso.

—General, exclamó la marquesa: ¿V. cree en la exactitud de esa observacion?

—Creo, señora, que por regla general puede admitirse.

—No hay inconveniente en ello , añadió el pretendiente desdeñado. Admito esa regla general ; pero, señores, hay excepciones, y la mia es una.

—Respetemos la modestia de este caballero, y concluyamos reconociendo que la nieta de su abuela es un asombro de belleza y un pasmo de virtud ; pero aun así me parece que no es un gran partido.

—¡Por supuesto! exclamaron muchas voces á la vez... ¡Una florista...!

—A todo esto, dijo el general, todavía no conocemos su retrato.

—En efecto, añadió Margarita: no basta decir es bella ; es preciso demostrar en qué consiste su belleza. Vizconde , dénos V. una idea



de las singulares perfecciones de la ingrata que no ha sabido corresponder á una pasion tan desesperada. Es cosa que V. se la encontrará hecha, pues debe saberla de memoria.

—Sí, sí, dijeron varios concurrentes; venga, venga el retrato.

—Señores, no es tan fácil lo que se me pide: la belleza de María está mas en la espresion que en las líneas, mas en el conjunto que en los pormenores; y voy á hacer un bosquejo pálido que no va á satisfacer á nadie.

—Eso, advirtió la marquesa, es confesarse vencido.

—No, replicó el vizconde: es declararme insuficiente.

—Sepamos á lo menos, dijo Margarita, á qué tipo pertenece.

—Tipo... repitió el vizconde con aire dudoso. Tipo... tipo... Quizás hay en su semblante algo del tipo hebreo.

—¡Hola! exclamó la marquesa... ¡Aquí tenemos una mujer de la Biblia!

El general añadió suspirando:

—Es un hermoso tipo.

—Vamos por partes, dijo Margarita. ¿Ojos?

Al hacer esta pregunta abrió los suyos, dejando admirar el azul aterciopelado de sus pupilas.

—Eso no se pregunta, contestó el general; deben ser grandes, negros, ardientes y dulces.



—Exacto, añadió el vizconde, que brillan bajo dos cejas soberanas.

—¿Pelo? preguntó á su vez la marquesa.

—¡Claro está! se apresuró á decir el general: negro, espeso, largo y brillante.

—Eso es, dijo el vizconde: negro, espeso, largo y brillante, formando ondas.

Matilde animó sus mejillas sonrosadas con una amable sonrisa, y pronunció estas palabras.

—Deberá ser bastante morena, un tanto aceitunada; creo que es el color correspondiente al tipo.

Esta vez el vizconde no dió tiempo á que el general contestara, pues se adelantó diciendo,

—Nada de eso; es blanca como la nieve.

—¿Pálida?

—Sí; de una palidez suave y nacarada, como la de las hojas de la azucena.

—Ahora, añadió el general, el retrato se completa por sí mismo: rostro ovalado, boca movible, graciosamente acentuada..., alta, fina, flexible...

—Cualquiera diria, mi general, dijo el vizconde, que V. la conoce.

—No, contestó: no la conozco; pero el tipo no me es desconocido, y si es como acabamos de pintarla, y sobre todo como yo la imagino, comprendo perfectamente que al insigne Rafael se le haya ido el santo al cielo.



—Sí, añadió Estéban: es un tipo original que puede causar impresion profunda, y hé ahí la mujer extraordinaria que ha conseguido fijar el corazon atrabiliario de ese loco, á quien ninguna ha podido sujetar. Es un triunfo cuyo mérito no podemos desconocer. Porque, señores, no se trata de un capricho pasajero... Rafael se casa.

—Pero ¿será capaz de casarse con una florista?

A esta pregunta de la marquesa, la concurrencia guardó silencio, y Estéban añadió:

—Todos mis esfuerzos han sido inútiles; está decidido y resuelto á arrostrar el ridículo.

En aquel momento entró respirando con violencia el que media hora antes habia salido en busca de nuevas noticias acerca del asunto objeto de la conversacion. Entró llevando en el semblante la satisfaccion del triunfo, y se adelantó diciendo:

—Todo lo sé: he recogido los datos mas preciosos. Es una mujer sin padres, sin familia, sin nombre y sin fortuna: es una aventurera...

—Todo eso, dijo Margarita, lo sabíamos ya.

El pobre hombre se detuvo cortado por aquella salida inesperada, que quitaba á sus averiguaciones toda la gloria de la novedad.

—¡Bah! exclamó la marquesa. Sus amigos deben disuadirle... La amistad obliga. Yo creo que si lo vieran Vds. al borde de un abismo, to-



dos acudirian á socorrerle ; pues bien : lo que harian Vds. por su vida, bien pueden hacerlo por su felicidad.

Estéban tosió y contestó á la marquesa diciéndole:

—Señora, creo que los amigos no conseguirian nada; las amigas me parece á mí que alcanzarian mejor fortuna.

El general intervino, exclamando:

—¡Oh! es curioso esto. ¿Con qué derecho van Vds. á erigirse en tutores de su corazon? Me parece que Rafael ha salido ya de la patria potestad, y no necesita curadores que administren sus inclinaciones.

—Caballero, replicó Matilde, tiene V. el corazon duro como una barbacana, y el frio de los años le ha hecho á V. algo egoista; si no, habria comprendido al golpe que se trata de una obra de misericordia : *dar buen consejo al que lo há de menester.*

—Eso es precisamente lo que yo hago al aconsejar á Vds. que no se metan en un asunto en el que nada les va ni les viene.

—Me parece muy cruel, dijo Margarita, abandonarlo de ese modo á los peligros de un capricho que llorará despues con lágrimas de sangre.

—No le falta razon al general, advirtió Estéban. Rafael está ya en edad de saber lo que se hace; y, fuera del derecho que da la compa-



sion que inspiran las gentes que no saben manejar, no tenemos facultad ninguna que nos autorice á meternos en sus asuntos. Se ha enamorado ciegamente; y va á casarse, claro está, con una venda en los ojos. ¡Qué le hemos de hacer! Compadecerlo. Por lo que hace á mí, en vista de la ineficacia de mis consejos y de la inutilidad de mis advertencias, he decidido abandonarlo á su suerte, con certidumbre de que el mundo le hará pagar bien cara su locura.

—Todavía no está casado, replicó Margarita.

—Hay un dato para creer, dijo el vizconde, que este amor le ha cogido de medio á medio.

—¿Cuál? preguntaron á la vez la marquesa, Matilde y Margarita.

—¿Cuál? Que hace ya dos meses largos que huye de los amigos, que está taciturno, que no juega, ni monta á caballo, ni ha tenido ningun lance, ni se le ve por ninguna parte... Vamos..., es hombre muerto.

—¡Basta! exclamó la marquesa: este asunto empieza ya á ser fastidioso. Hablemos de otra cosa.

En efecto: la conversacion varió de rumbo; pero no tardó mucho tiempo en volver al tema obligado del casamiento de Rafael.

¡Pobre María! No sabia ella lo que le costaba su triunfo sobre aquel hombre que la moda habia hecho adorable.



## VI.

¿Qué no hará una madre para casar á su hija...? En este punto me inclino á presumir que el amor maternal ha de tener que dar mucha cuenta á Dios. No todas las madres saben contenerse dentro de los límites regulares cuando se trata de conquistar un marido, sobre todo si presenta ciertas ventajas materiales; porque si las hijas suelen enamorarse desinteresadamente, las madres se inclinan sin vacilar en favor de aquel que, tuerto ó derecho, jóven ó viejo, ofrezca el bolsillo mas ancho, mas hondo y mas lleno.

No es esta ocasion á propósito para bosquejar en un cuadro completo, con todos los detalles necesarios, las coqueterías, las seducciones, las solicitudes, los medios de atraccion, en fin, que despliega una madre poco discreta que se obstina en casar á su hija.

Es asunto mas vasto de lo que parece, y necesita un estudio y un espacio de que no puedo disponer en este momento, en que el hilo de la



narracion tira impaciente de la pluma con que escribo.

Ya sabemos que el general es tio de la sobrina en quien Estéban ha fijado su pensamiento. La madre de esta sobrina es hermana del general, solteron invencible, que ha llegado á los sesenta años defendiéndose heróicamente de las seducciones del matrimonio. Segun él mismo dice, ha hecho la campaña de la vida sin caer prisionero. Se vanagloria de su arrojo en acometer, y de la fortuna de sus empresas; pero su orgullo lo funda principalmente en la hábil oportunidad con que siempre supo emprender las retiradas.

Su hermana quedó viuda, y se habria visto reducida á crueles estrecheces si el general no hubiera tomado á su cargo el bienestar de la madre y de la hija. Esta habia nacido en esa falsa opulencia que dan los sueldos de los altos empleos, opulencia que desaparece al soplo de una cesantía, si el alto funcionario se ha contentado con los 40 ó 50,000 reales anuales correspondientes al sueldo de su empleo.

Gracias á la influencia del general, que pesaba tanto como la espada de Breno, el marido de su hermana ascendió rápidamente, conservándose á flote á pesar de los continuos cambios de ministerio que forman el oleaje de este *maremagnum* que llamamos *política*. Mas si estaba asegurado contra el golpe mortal de una



cesantía, la influencia del general no era bastante para asegurarle el goce perpetuo de la vida.

Quiero decir, que la vacante que no habian podido hacer tantos ministerios, la hizo una sola pulmonía: el alto funcionario cayó herido por esa puñalada que atraviesa los pulmones, el viento sutil de Guadarrama, y la hermana del general quedó viuda. Lloró al difunto con amargas y abundantes lágrimas; pero su hermano la consoló pronto, señalándole una pensión equivalente al sueldo que acababa de perder al quedar viuda.

Ocurrió esto hallándose el general desempeñando un mando importante en América, y á su vuelta á España la sobrina se vió rodeada de pretendientes que aspiraron á su mano, contando con los dedos los millones que forzosamente debia haber traído, no sé si de Cuba ó de Puerto-Rico, el ilustre veterano; pero el tío desmintió tan pingües suposiciones reduciéndose á vivir humildemente en la modesta casa de su hermana, sin coches, sin caballos, sin pompa ni boato alguno.

Por algun tiempo se resistió la opinion pública á creer que el general hubiese vuelto á España con las manos en los bolsillos; mas viendo la modestia con que vivia, aceptaron la posibilidad del caso como una cosa verdaderamente extraordinaria é inverosímil. Se habia



echado la cuenta sobre millones imaginarios, y, claro está, al desaparecer la supuesta riqueza del tío, desaparecieron los pretendientes de la sobrina.

No cegaba á la madre el cariño maternal hasta el punto de creer que los encantos personales de su hija pudieran por sí solos conquistarle un marido digno de su posición, y luchaba inútilmente con su hermano, empeñada en convencerle de que convendría aparentar cierto desahogo en la manera de vivir; mejor casa, mejor mesa y un coche siquiera, eran indispensables para que la niña encontrara el partido que su esmerada educación requería. Pero el tío se encogía de hombros, diciendo:

—Gasta á tu gusto mi sueldo de cuartel: no hay otra cosa.

—Eso, replicaba ella, es condenar á tu sobrina, á la hija única de tu hermana, de tu única hermana, á que no se case nunca, porque no ha de apechugar con el primer pelagatos que se presente. Ya ves: tú no eres eterno, y calcula qué será de nosotras el día en que tú cierres el ojo.

—Por ahora, exclamaba el hermano, no pienso en semejante cosa. En cuanto á mi sobrina, hija única de mi única hermana, prefiero que no se case nunca á que vengan á buscar en su mano el *gato* del tío. El que la quiera la ha de querer pobre. ¿Me entiendes?



Y añadía:

—Ademas, si con mi sueldo no hay bastante para cazar un marido á tu gusto, no sé cómo demonios se ha de arreglar este santo.

—Lo que yo no sé, contestaba la hermana con la mayor naturalidad del mundo, es lo que tú has hecho. Te metes en un pronunciamiento que pudo costarte muy caro, solo por ir á América; lo consigues, vas, estás allí dos años, y te vuelves lo mismo que te fuiste... Semejante extravagancia es incomprensible. Durante la juventud has sido un loco de atar, y cuando te haces viejo, te vuelves tonto de remate.

Siempre que el general se veia acometido por esta observacion, daba media vuelta y emprendia la retirada, dejando á la viuda el vano honor de una victoria inútil, pues las cosas continuaban del mismo modo, sin que innovacion alguna aumentase en poco ni en mucho el fausto de la casa.

Tal era el tema obligado de las conversaciones de los dos hermanos. La sobrina no tomaba nunca parte en estas controversias; y si se entablaban en su presencia, huia discretamente, merced á una seña de su madre, que al punto era obedecida.

Un dia el general le dijo á su hermana:

—Veo que te domina el deseo inmoderado de casar á tu hija, y es preciso que reflexiones un poco y no violentes las cosas.



La viuda le contestó:

—¡Eso es, me cruzaré de brazos, y dejaré que el tiempo pase! ¿Te parece á ti que se le presenta á tu sobrina un porvenir muy risueño? No: no quiero dejarla sola en el mundo.

—Y con esa inquietud, ¿qué consigues? Nada. Además, no es un caso tan desesperado...

—Cada dia lo es mas... Mercedes ha cumplido ya veinticinco años...

—¡Mire V. qué cosa tan rara...! Veinticinco años los tiene cualquiera; es una edad á la cual se llega muy pronto; pero, en fin, tranquilízate, porque aunque tuviera cincuenta, te prometo que se casará.

—No sé cómo has de hacer ese milagro si no la colocas en una posicion brillante, donde luzca la esmerada educacion que he recibido... á no ser que te propongas casarla de real órden con algun subalterno. Eso únicamente lo aceptaria yo en el último extremo.

—El último extremo no es ese; precisamente es todo lo contrario. Te prometo, para el caso en que Mercedes perdiera toda esperanza, un yerno ilustre, que ocupa una alta posicion, que si le ocurre la tontería de morirse le dejará lo bastante para que no tenga que llorar su viudez mas que con un ojo.

—¿Dónde está ese hombre? preguntó la madre de Mercedes.

—En el mundo se encuentra todavía, con-



testó el general ; y para que saborees de antemano el triunfo de tu hija, te diré que ese hombre es incasable.

—¿Y por qué guardas tan buen partido para el último extremo?

—Porque ese buen partido soy yo, que me casaré con tu hija luego que hayamos perdido por completo la esperanza de que encuentre un marido á su gusto.

La viuda miró á su hermano con asombro, y estuvo á punto de llorar de agradecimiento y de ternura.

—Pero, Fermin, le dijo: tú, que te has resistido siempre al matrimonio; que has rechazado las pretensiones de las mujeres mas hermosas; tú, que fundas tu gloria en haberte salvado del lazo en que todos caen, ¿será posible?

—Es un sacrificio que hago por ti.

—¿Hablas formalmente?

—Yo, le contestó el general, hasta los mayores desatinos los hago con toda formalidad. No es lo que te propongo un disparate insigne, sino una sublime tontería. Desde luego el hombre que se casa no da una gran idea de su talento. Tú dirás que la gran mayoría de los hombres se casa; es cierto. *Stultorum infinitus est numerus*: palabras nunca desmentidas, que quieren decir: *Es infinito el número de los necios*.

—Pues sería una gran desgracia que la inmensa mayoría de los hombres tuviera talento,



porque no se casarian, y entonces ¡adios mundo!

—Precisamente, replicó el general, para que el mundo no se acabe, ha dispuesto la divina Providencia que el número de los tontos no tenga límites. ¡Ya ves! A mi edad la tontería no puede ser mas completa.

—¡A tu edad! exclamó la viuda: ¡vaya! No eres tan viejo.

—No me adules, hermana; he cumplido ya sesenta y cuatro.

—Creo que te añades años; pero, aun cuando sea así, te conservas muy bien; eres fuerte, y estás hecho un pollo.

—Estoy hecho un *petate*, querida mia, y tú eres muy capaz de encontrarme jóven como un *quinto*, y hermoso como Marte, porque la idea de casar á tu hija te ciega deplorablemente, y ya no ves en mí mas que un yerno que te conviene. Tus piropos, pues, me parecen de un gusto detestable.

—Eres feroz, dijo la hermana: ¿no te atreverias á mandar una batalla?

—Sin duda, contestó el hermano: me siento con bríos para hacer saltar mi caballo por la tronera de un cañon; pero me tiemblan los huesos ante la idea de caer á los sesenta y cuatro años en el garlito del matrimonio. No es lo mismo ir á buscar noblemente una muerte honrosa, que resignarse á pasar los postreros años de la vida haciendo el cadete; ¡oh! y el cadete



con la mujer propia. Conozco que hay en mi sangre algo de la sangre de los héroes; mas te juro que no tengo nada de mártir. A caballo y sable en mano voy al fin del mundo; pero no tengo valor para estar en berlina ni un cuarto de hora. Mas se trata de mi sobrina, y sobre todo de ti, que reventarás si no casas á tu hija; y ante esto cierro los ojos, porque no quiero que te pongas en ridículo, y te ofrezco mi blanco mano. No debe ser muy agradable tenerte por suegra; no obstante, cuenta conmigo; en el último extremo, me resignaré á morir siendo hijo de mi hermana.

La futura suegra miró á su hermano con ojos maternales, y dando á su voz el tono de la mas cariñosa autoridad, dijo:

—Es un enlace que me lisonjea por todos estilos, y mi hija se dará por muy satisfecha con que tú la prefieras entre tantas como todavía se disputan tus obsequios.

Al oír estas palabras, soltó el general una estrepitosa carcajada, exclamando:

Sí, presunta y querida suegra mia: aun hay mujeres que se disputan los dos entorchados que adornan las mangas de mi uniforme, buscando una viudez cómoda para pasar el resto de sus días.

—Sea como quieras; pero dime: si te consideras en un estado tan deplorable, claro está que no tienes tiempo que perder; y en tal caso,



¿por qué aplazas tu casamiento con mi hija para el último extremo?

—Por dos razones que no tienen vuelta de hoja.

—Primera...

—Porque todavía puede encontrar Mercedes un hombre que llene su corazón, cosa mucho mas agradable que hacerla cargar con el enfermo de su tío.

—Segunda...

—Porque lo último que se hace en el mundo es morir, y lo penúltimo que yo haré será casarme con mi sobrina; y, francamente, me divierte el mundo demasiado para que no desee vivir algunos años mas.

—¡Oh! exclamó la madre de Mercedes: has aprendido en los campamentos un lenguaje ininteligible. Espílicate, y di francamente lo que piensas.

—Pienso casarme *in articulo mortis*: si me resigno á ser tu yerno, es con la condicion de que seas mi suegra todo el menos tiempo posible.

—Hay una dificultad que puede hacer imposible nuestro proyecto.

—Me admira, hermana mia, tu prevision: ¿qué dificultad puedes tú encontrar á un matrimonio tan ventajoso?

—Una.

—Veamos.



—Supon que te mueres de repente.

—¡Demonio! exclamó el general; la cosa es posible... y juro por mi honor que no me habia ocurrido. Pero no te apures: ya precaveremos esa eventualidad, y ten en cuenta que soy muy capaz de sobrevivirme algunos minutos por dejar viuda á mi sobrina.

Tal era el estado de las cosas cuando Estéban se propuso sondear el corazon de la madre, porque el de la hija creyó, y no sin falta de motivo, que estaba completamente de su parte, cosa bien natural, pues Mercedes no debia mirar con indiferencia á un jóven de buena figura, de finos modales, que gozaba de creciente reputacion en el foro, á quien la política ofrecia una brillante carrera, y que se hallaba admitido y se veia agasajado en los mejores círculos. Es verdad que su aspecto frio y su manera de ser reglamentada, no eran muy á propósito para encender en el corazon de Mercedes el fuego de una pasion; pero la hija de su madre no habia de sacrificar á este pequeño inconveniente la felicidad de su vida, porque, por de pronto, su felicidad era casarse, y el tiempo pasaba rápido como una flecha, llevándose una á una las mas risueñas esperanzas.

En una palabra, preferia los cautos y reservados obsequios de Estéban, al propósito, digámoslo así, póstumo de su tío.

Estéban no dudaba de que Mercedes admitia



sus pretensiones; dándole de ello testimonio las diversas pruebas que recibia de la discreta sobrina del general, diestra como todas las mujeres en dejarse adivinar por los que tienen algun interes en adivinarlas.

A la madre no se le ocultaban estas mudas inteligencias, favoreciéndolas en cuanto le era dable; porque aun cuando tal vez hubiera preferido á su hermano, era una perspectiva demasiado lejana para su maternal impaciencia; además, la idea de la muerte repentina la tenia con el alma en un hilo. Es mas: habria sido para ella un motivo de satisfaccion poder decirle á su hermano:

"Javier, hay quien solicita la mano de Mercedes."

Y ¿quién sabe...? el corazon del hombre tiene tantas sinuosidades, que acaso el tio sintiera la comezon repentina de los celos, convirtiéndose el general en cadete. Entonces tendria Mercedes dónde elegir, y el triunfo seria completo. ¡Oh! cazar á su propio hermano era para la buena señora un golpe maestro.

Por lo que hace al general, veia con gusto las vueltas y revueltas de Estéban, y guiñándose el ojo, se decia á sí mismo:

"Este muchacho, ó es mas tonto que un poste, ó es un pillastre que se pierde de vista."



## VII.

Imaginémonos ahora la deliciosa sensación que experimentaríala hermana del general al recibir de parte de Estéban la solicitud de una conferencia. Indudablemente el jóven iba á presentarle sus pretensiones, desembozando por completo su pensamiento.

Veía la viuda en esta conferencia el doble motivo de dos satisfacciones: por una parte la satisfacción del triunfo; por otra parte, la ocasión de una entrevista *tête à tête*, en que desplegaría los poderosos recursos de su astuta diplomacia, remachando el clavo de aquel amor que estaba seguro de haber inspirado á medias con su hija. Estéban debía estar encantado del afectuoso interés que la amable señora le demostraba por medio de las más finas atenciones y de los más particulares obsequios.

La encontramos en el momento en que uno de los ordenanzas del general, vestido por disposición de la señora con frac y corbata blanca, le anunciaba la visita del jóven pretendiente.

—Gaspar, dijo la viuda con toda la majestad



posible: que pase ese caballero al saloncito verde, y que espere.

Diciendo esto, reparó en la actitud del criado que tenia delante, y con mal disimulada impaciencia, añadió:

—¡Baje V. esa mano...! No sé cuándo va V. á olvidar esos saludos militares. Le he dicho á V. mil veces que mi casa no es un cuartel.

El ordenanza bajó la mano de golpe, permaneciendo *cuadrado* como un recluta, y la señora le indicó la puerta, diciendo:

—¡Ea, despache V.!

Giró Gaspar sobre el talon izquierdo, dió media vuelta, y salió derecho con la cabeza alta, marchando al paso redoblado, como hubiera podido hacerlo en un desfile.

—¡Oh! ¡Qué bruto es este hombre! exclamó la hermana del general.

Tal vez hubiera cambiado de parecer si en lugar de verlo de espaldas hubiera sorprendido las grotescas gesticulaciones con que el recluta acompañaba los movimientos acompasados de su paso marcial. Entonces quizás le hubiera parecido demasiado listo aquel hombre tan bruto.

Luego que salió el criado se acercó la viuda al espejo, se echó una mirada lenta y escudriñadora, se hizo á sí misma una señal de aprobacion, dirigiéndose con aire majestuoso al saloncito verde.



No se crea que la buena señora conservaba aun pretensiones de agradar por los encantos exteriores de su persona. Nada de eso. Hacia ya algun tiempo que habia tenido el discreto acuerdo de renunciar á la gloria de su pasada belleza. No obstante, todavía no rayaba en los sesenta; pero era una señora bastante juiciosa para no retirarse á tiempo. Otra hubiera esperado á cumplir los sesenta años; pero ella no quiso disimular por mas tiempo las arrugas y las canas, y se declaró vieja á la tierna edad de cincuenta y seis años. Hasta entonces habia sido una niña bulliciosa; mas de repente se hizo grave: hasta entonces habia disimulado la edad, ó por lo menos habia pretendido disimularla, y al trasformarse de niña en vieja, pretendia disimular la índole especial de su carácter.

Su coquetería era seria, reflexiva; coquetería trascendental. Por eso, al examinarse en el espejo, no quiso consultar el efecto atractivo de sus encantos, sino el efecto serio, y, digámoslo así, diplomático, mas bien, oficial de su severa *toilette*. Quería imponerse previamente al hombre que decididamente y con todas las formalidades de costumbre iba á pedirle la mano no estremadamente bonita de Mercedes.

Aquella madre, sedienta de casar á su hija, que bebia los vientos por ser suegra, queria en la presente ocasion crítica y solemne elevarse á



las alturas de una dignidad imponente. Consultó, pues, con el espejo la majestad de su porte, y, digámoslo así, la formalidad de su vestido y de sus adornos.

Con el aplomo algo teatral de una gran señora, entró en el saloncito verde, donde Estéban la esperaba de pie y con el sombrero en la mano.

La presunta suegra tendió la mano con grave afabilidad al presunto yerno, que él estrechó en la suya casi tiernamente, y ella se sentó diciendo:

—Amigo mio, es V. puntual.

—Señora, contestó Estéban, lo soy siempre; tengo el vicio de la exactitud, y espero que sea V. indulgente con esta flaqueza.

—¡Oh! no; la exactitud es una buena cualidad, que mas bien merece admiracion que indulgencia.

—Es V. muy bondadosa conmigo.

Estéban permanecia de pie, esperando que la señora le invitara á sentarse.

—No hay que fiarse mucho de mi bondad, contestó ella sonriéndose.

Al mismo tiempo le indicó con la mano una butaca próxima, y Estéban se sentó.

—Tal vez, dijo, he incurrido en una indiscrecion provocando esta entrevista confidencial; y si V. me lo permite, me reservaré el asunto de que deseaba hablarle.



Sospechó la viuda que sus últimas palabras habian despertado en el ánimo de su futuro yerno el recelo de una negativa, y se apresuró á enmendar su falta diciendo:

—Quiero probarle á V. que no soy tan bondadosa como me supone, y le niego á V., por consiguiente, el permiso que me pide.

—Eso es colocarme en un verdadero apuro, porque yo contaba con su bondad, requisito indispensable sin el que no me hubiera atrevido á solicitar esta audiencia.

La hermana del general se irguió satisfecha, viendo que entraba en la conferencia con una superioridad indisputable. Sin embargo, no le pareció prudente abusar de su posicion, porque con un hombre tan tímido, ó mas bien tan receloso como su futuro yerno, era espuesto mantenerse en alturas tan inaccesibles. No era cosa tampoco de dejarse caer de golpe. Su estrategia le aconsejaba ceder, sí, pero ceder poco á poco.

—¡Vamos! dijo: V. quiere que le prometa una benevolencia que sea el juicio anticipado y favorable, por supuesto, del asunto que se habia propuesto consultarme; y si yo fuera tan condescendiente, formaria V. de mí una opinion poco lisonjera... Antes de todo, necesito saber de qué se trata.

—¿Querrá V. creer, señora, advirtió Estéban, que la primera dificultad que se me presenta es la esposicion del asunto?



—En ese caso, contestó la madre de Mercedes, nuestra entrevista será para entrambos muy agradable, lo cual no quita que sea completamente inútil.

—Hay un medio.

—¿Cuál?

—Tengo de su talento de V. la mejor idea.

—¡Oh!

—Sí.

—¡Y bien!

—No le será difícil...

—¿Qué?

—Adivinar.

—¿Qué quiere V. que adivine?

—El objeto que me tiene en su presencia.

—Eso es tentar mi vanidad.

—No lo creo.

—¿Pues...?

—El enigma está claro.

—No tanto.

—Para V..., clarísimo.

—¿Soy yo adivina?

—En este caso no necesita V. serlo.

—¿Cómo adivino entonces?

—Lo tiene V. ya adivinado.

—¿Desde cuándo?

—Por lo menos, desde anoche.

—¿Cómo?

—Anoche, al salir del teatro, tuve el honor de que aceptara V. mi brazo.



—Es verdad...: vinimos á pie. ¡Hacia una noche tan hermosa!

—Algo fria..., pero magnífica.

—Adelante.

—Desde el momento en que me vió V. en la puerta de su palco, dijo V. para sí: "Estéban tiene algo que decirme."

—Es posible.

—Luego, cuando le indiqué el deseo de consultarle un asunto de suma importancia para mí, no debió quedarle á V. duda ninguna.

—Tal vez.

—En ese caso, ya sabe V. de lo que se trata.

—V. lo supone.

—No..., tengo certidumbre de ello. Pensar otra cosa, seria agraviar su fina perspicacia.

—¡Bueno! Admitamos esa *hipótesis*, dijo la viuda, pronunciando con cierto énfasis las sílabas científicas de la última palabra.

—¿Que debo esperar? preguntó Estéban. Esta es la cuestion.

—¡Vamos! Déjese V. de circunloquios, y explíquese V. con franqueza.

—Yo aspiro á la mano de Mercedes.

—Así se habla.

—He dicho mal, añadió Estéban; aspiro á su afecto.

—Pagaré franqueza con franqueza. Lo sospechaba.



—Perfectamente; pero repito mi pregunta: ¿qué debo esperar?

—¡Ya ve V.! contestó la hermana del general: se trata de los sentimientos de su corazón, y á ella sola pertenecen. Yo no me atreveria á violentar su voluntad.

—Eso está perfectamente dicho... Por mi parte, no pretendo que la autoridad de la madre influya en lo mas mínimo en este asunto, y solo pretendo saber si V., señora, veria con gusto que el corazón de Mercedes me fuera favorable; porque si V. respeta las tiernas inclinaciones de Mercedes, yo á mi vez respeto mucho las justas aspiraciones de su madre.

Tomose algunos segundos la viuda para meditar la respuesta, y le dijo:

—Creo á mi hija bastante juiciosa para temer que ponga sus ojos en persona que no sea digna de ella.

—Sin duda alguna; pero eso no resuelve mi dificultad. Yo no me determino á hacerle á Mercedes una declaracion en regla, mientras V. no me asegure que veria con gusto nuestro mutuo afecto.

—¿Es decir, exclamó la suegra con cierta hilaridad, que viene V. á pedirme permiso para pretender á mi hija?

—Justamente.

—No es usual ese proceder.

—Para mí es un paso que juzgo indispensable.



Semejante yerno era para la madre de Mercedes la realizacion de un bello ideal. Era un yerno á pedir de boca, sobre el cual ejerceria una influencia decisiva. Aquella sumision le parecia encantadora, y resolvió preferirlo á su propio hermano. Decididamente, Estéban seria el marido de su hija. Planteada la cuestion en un terreno tan ventajoso para ella, claro está que no habia de desperdiciar la fortuna que se le ofrecia. Se hallaba en el caso de imponer condiciones, y se dispuso á imponerlas.

—No puedo conceder el permiso que V. me pide, contestó, porque acaso sea V. aceptable á los ojos de Mercedes, y seria indiscreto impedir que V. acabe de probar fortuna; pero antes me parece que debemos fijar algunos puntos, para el amor insignificantes, y que, sin embargo, tienen mucha importancia á los ojos de la esperiencia.

—Yo, replicó Estéban, no deseo mas que hacerla dichosa.

—Para eso, añadió la madre, es preciso conocer bien todas las circunstancias. Mercedes ha recibido una educacion esmerada; lo ilustre de su apellido y la alta posicion de su tio la colocan en un rango al que le seria muy doloroso renunciar.

Estéban se inclinó ante estas palabras, como si reconociera en ellas el peso de una razon poderosa, y se mordió los labios, tal vez porque



semejante dificultad le pareciera insuperable, tal vez por no sonreirse.

—Reconozco, dijo, el valor de observacion tan oportuna y tan justa. Seria un insensato el que aspirara á la mano de la bella y simpática Mercedes no disponiendo de un nombre ilustre y de una fortuna correspondiente al rango que ocupa en la sociedad.

Un espíritu suspicaz acaso hubiera creído distinguir cierto acento irónico en las palabras de Estéban; pero la madre de Mercedes, ni era escesivamente suspicaz, ni se hallaba en situacion de apreciar semejantes pormenores. Semejante al cuervo de la fábula, se olvidó del queso que llevaba en el pico, y cantó del modo siguiente:

—No dudo que Mercedes acepte la posicion que V. le ofrece. Creo mas... creo advertir en ella particular predileccion por V. Esas cosas no se escapan fácilmente á una madre.

—¡Ay, señora! exclamó Estéban, levantando los ojos al cielo: llena V. con esas palabras la medida de mi desgracia. Acerca V. la miel á mis labios precisamente en el momento en que tengo que apartar mi boca para no probarla.

—¿Cómo es eso...? preguntó la viuda, sin saber qué interpretacion dar á lo que acababa de oir.

Estéban tosió, como si quisiera disimular la inquietud que experimentaba, y contestó á su futura suegra diciendo:



—Hemos convenido en que la felicidad de nuestro amor necesita la base de una pingüe fortuna, y ante esta verdad inexorable que oprime mi corazón, me revela V. con crueldad inaudita que tal vez Mercedes me ama. ¿Le parece á V. poco dura mi suerte?

—No entiendo, replicó la madre de Mercedes.

—Señora, dijo Estéban con acento desgarrador y solemne: yo soy pobre, mas pobre que las ratas.

—¿Y qué...?

—¡Claro está! No puedo, no debo, no quiero aspirar á la mano de la mujer que adoro.

—Pero, señor, es V. abogado... goza V. de una gran reputación, y eso es una mina... Yo le veo á V. vivir con lujo.

Echóse Estéban una mirada de compasión, y exclamó pasándose la mano por su naciente calva.

—¡Ay, señora mía! todo eso es miseria, pura miseria. Apenas me da mi profesión para vivir muy modestamente á mí solo. Contrayendo las obligaciones que el matrimonio impone, tendríamos que renunciar á los esplendores del gran mundo. Un cuarto piso, una criada para todo, comer para vivir, y vivir para trabajar... Tal es mi perspectiva.

—No es muy risueña por cierto; pero V. es un hombre de carrera, tiene V. porvenir...



—Esta es una cuestion demasiado positiva para dejarse alucinar por las esperanzas. Mi bufete es mi única fortuna, y los negocios van peor cada dia. Soy pobre; no debo engañarle á V., y le aseguro que tardaré mucho tiempo en salir de mi oscura medianía. Ahogaré en el fondo de mi alma este amor que á V. sola he confiado. Amor ciego que no ha reparado en las dificultades de mi posicion.

Diciendo esto, se puso de pie, dando la conferencia por terminada.

—Estéban, dijo la madre: hace V. una ofensa á mi hija creyéndola interesada, y debo advertirle que Mercedes es capaz de cualquier sacrificio...

—Lo creo, señora; pero mi amor hácia ella no es tan egoísta.

Vió claramente la viuda que aquel yerno modelo se le escapaba de entre las manos, y creyó que con un golpe de celos podría traerlo á buen camino. Así es que le dijo:

—Mi hermano ha jurado que se casará su sobrina...

—¿Con quién? preguntó Estéban.

—Con el mismo, contestó la suegra; pero...

—Pero ¿qué?

—Ella no se decide, y V. debe tener la culpa...

—Me envanecería esa preferencia si el general no hubiera cumplido ya sesenta años. Además, su hermano de V. es también pobre.



Estas últimas palabras las pronunció mirando atentamente á la buena señora.

—Me parece, dijo ella, que juzga V. con demasiada ligereza.

—Perdone V., señora; el amor es muy exigente y muy descontentadizo, y cree que alcanzar la preferencia de una mujer sobre un sexagenario que ademas no es rico, es un triunfo poco satisfactorio para un corazon enamorado.

—Es que..., balbuceó la viuda.

—¿Qué...? preguntó Estéban.

—¿Qué? Es un secreto que me habia propuesto guardar.

—¡Un secreto...!

—Sí: primero lo sospeché, y despues lo he sorprendido: mi hermano no es lo que parece.

Estéban hizo un movimiento de asombro, y preguntó muy formalmente:

—¿Acaso el general tiene el capricho de esconder la juventud bajo el aspecto de la vejez? Eso seria originalísimo, y enteramente nuevo. En tal caso, la preferencia de Mercedes seria para mí un verdadero triunfo.

—No posee mi hermano los encantos de la juventud; pero ha de saber V. que, si no es joven, es rico.

—¡Rico...! exclamó Estéban.

—Sí: inmensamente rico. No hay inconveniente en que V. lo sepa, puesto que ha pen-



sado V. formalmente en Mercedes, ignorando esta circunstancia.

Estéban se quedó con la boca abierta, con todo el ademán de una persona realmente sorprendida, y la viuda añadió:

—¿Qué dice V. á esto?

—Señora, lo que acaba V. de decirme llena mi alma de regocijo... Mercedes me ama..., puesto que me prefiere á su tío, á su tío el general, á su tío que habrá sido buen mozo, á un tío incasable: en una palabra, á un tío millonario, del cual es sobrina única. Mi dolorosa resolución vacila ante semejante prueba. Señora: tiene V. mi suerte en sus manos. Creo que al fin la fortuna ha de sonreirme: si el foro no me abre las puertas de la prosperidad con la urgencia necesaria, en la política se hacen rápidas carreras, y llegan á ser millonarios los mas pobres. Seré ministro, y mi adorada Mercedes vivirá en la opulencia correspondiente á su rango.

Desde el dia de esta entrevista se entabló entre la futura suegra y el futuro yerno una intimidad tierna y afectuosa.

---



## VIII.

Rafael se paseaba por el no muy espacioso recinto de su habitacion como un leon en la jaula.

Habia agotado los recursos de su muda desesperacion, mordiéndose alternativamente las uñas y los labios.

Habia pasado la noche lo mismo, solamente que en vez de dar vueltas por el cuarto, las habia dado en la cama.

No hay cama mas dura que aquella en que no podemos dormir.

El sueño es una de esas comodidades que no se venden en ninguna parte, y se observa que los pobres duermen á pierna suelta.

El trabajo del dia y la conciencia tranquila forman el lecho de plumas mas cómodo que ha podido inventar la industria humana.

Rafael no habia tenido hasta entonces ocasion de advertir que no hay cama para el insomnio, que se duerme muy bien cuando se tiene sueño, aunque no se tenga cama; y como no pudo dormir en toda la noche, se levantó



furioso contra los criados porque los colchones estaban duros como la piedra, y las sábanas ásperas como guijarros.

El día amaneció en su casa con la tempestad de su enojo.

Juan era un gallego bastante fornido para resistir cómodamente sobre sus robustas espaldas el peso de la cólera de su amo.

Venia á ser como una especie de para-rayos que atraía la electricidad de la ira que tronaba sobre su cabeza.

En su corazón había un pozo muy profundo, donde iban á perderse las exhalaciones que se escapaban de la boca de Rafael. Al buen Juan le entraban por un oído y le salían por otro todos aquellos rayos y centellas. Jamás había visto á su amo tan fuera de sí.

Rafael, resumiendo su cólera en una palabra, le dijo:

—¡Eres un bruto!

Abrió el gallego la boca asombrado: su admiración nacía de que su amo no lo hubiera observado hasta entonces.

—¡Eres un bruto! repitió Rafael. Un bruto, pues no he podido dormir en toda la noche.

La razón era tan concluyente, que Juan no tuvo nada que decir.

Rafael le volvió la espalda, diciendo:

—Quiero almorzar.

—Al momento, contestó el criado.



Y salió de la estancia.

Sucedió con el almuerzo lo mismo que con la cama, y Juan vió reproducirse la tormenta, creyendo mas de una vez que iban á llover platos sobre sus espaldas.

Nuestro héroe habia perdido el apetito lo mismo que habia perdido el sueño.

Al levantarse de la mesa estaba tan furioso como al levantarse de la cama.

Se encerró en su cuarto, y comenzó á pasearse de un extremo á otro, como ya hemos visto.

Su mirada distraida y ceñuda se fijó en el papel de que estaban vestidas las paredes de su habitacion, y lo encontró de un gusto pésimo. Era el fondo de color de violeta, sobre el cual campeaban en repetidas actitudes figuras de chinos. Pareciole que estas figuras le hacian muecas, bailando delante de sus ojos. Los muebles los encontró incómodos; el techo bajo, el espacio estrecho; al mismo tiempo las grotescas figuras de los chinos lo perseguian por todas partes.

Entre las cortinas encarnadas que pendian delante de los balcones asomaba un rayo de sol limpio como una hebra de oro, y curioso y risueño como la mirada de un niño. Entraba silencioso y cauto, como si quisiera sorprender algun secreto oculto entre aquellas cuatro paredes, resbalándose por la alfombra con ese descaro con que la luz todo lo mira.



Parecióle á Rafael este atrevimiento de la luz una impertinencia, un espionaje, una falta de educacion, una grosería, y apartando las cortinas, cerró de golpe las maderas del balcon, como quien se pone á cubierto de una mirada indiscreta.

El rayo de sol retrocedió asustado, y se colocó detras de la puerta, buscando un resquicio por donde introducirse de nuevo.

Rafael continuó paseándose, pues la inquietud que sentia no lo dejaba permanecer sentado.

De pronto se detuvo, se dió una palmada en la frente, y se sentó.

Si hubo algun pensamiento en su cabeza, debió escapársele, porque se levantó en seguida, y comenzó á pasearse otra vez con la vista fija en el suelo, como quien busca algo que se le ha perdido.

Entonces reparó que la alfombra formaba un tejido de colores insoportable, produciéndole una especie de mareo insufrible el laberinto del dibujo que se desenvolvía bajo sus pies.

Levantó los ojos, huyendo de aquella confusión de colores y de líneas que se enlazaban en fantásticas combinaciones, y vió que se le ponía delante la luna de un espejo azul y profunda, y se encontró frente á frente de sí mismo.

Se contempló un momento, y quiso sonreír-



se; pero se volvió la espalda, haciendo un gesto de disgusto que ningun espejo habia visto hasta entonces en él. Se encontró feo; y su propia sonrisa le pareció una burla de la imagen hecha al original.

Habia un periódico sobre una mesa, y lo cogió en sus manos maquinalmente.

Entre la multitud de renglones que formando columnas recorrian el papel de arriba á abajo, vino á fijarse en uno que empezaba con letras mas grandes y mas negras que las demas, y que entre dos admiraciones exclamaba de este modo:

“¡LO ATRAPÓ!”

De este modo anunciaba el periódico en su primera *gacetilla*, sin citar nombres propios, el próximo matrimonio de un jóven brillante, muy conocido en los altos círculos de la sociedad madrileña, con una mujer oscura, de padres desconocidos, y sumamente bella.

Rafael arrojó lejos de sí el periódico, ocurriéndosele en el acto la idea de pedir una satisfaccion á la redaccion en masa; mas lo detuvo el temor de que la satisfaccion fuera peor que la ofensa que creia ver en la *gacetilla*. Habria sido demostrar una susceptibilidad sospechosa.

Se veia cruelmente perseguido por los hombres y por las cosas desde que se habia esparcido por el mundo la noticia de su casamiento



con María. El mundo se le venia encima. No se atrevia á salir á la calle; huia de sus amigos, temeroso de ser blanco de alguna broma imprudente. No ignoraba que su estrella empezaba á eclipsarse en los horizontes del gran mundo. Sabia que su amor era objeto de terribles chistes, y su proyectada boda motivo de agudos epigramas.

Ya no era el mismo. No era ya el envidiado favorito de la marquesa, el predilecto de Margarita, el ojo derecho de Matilde: era pura y simplemente *el novio de la florista*.

En vez de inspirar envidia, inspiraba compasion, y hé aquí lo que le desesperaba.

—¡Pobre Rafael!

Esta exclamacion le llegaba al alma.

El venturoso calavera se habia convertido á los ojos de todos en un pobre hombre.

Se encontraba, pues, entre su celebridad y su amor, entre la aguda espada del ridículo que el mundo asestaba contra su fama y la pared de aquel cariño que parecia hecho á prueba de bomba.

Al verse blanco de tanta sonrisa equívoca, de tanta pulla, de tanto interes, de tanta compasion; al verse convertido en platillo de todas las conversaciones, tuvo miedo, y pensó retroceder. Pensó arrancar de su alma aquel sentimiento que llenaba su vida de tiernos deseos, arrojarlo en medio de los salones, y mofarse él



mismo de su propio corazón. Semejante golpe sería de un efecto maravilloso, y le aseguraría para siempre el primer puesto entre los hombres de mundo. Una inconstancia más completaría su gloria.

Verdaderamente era una caída demasiado estrepitosa. Precipitarse desde las alturas del gran mundo, donde se respira el perfume de tantos placeres y se saborea el deleite de tantas satisfacciones, para sumergirse en las oscuridades de una vida modesta, ignorada... ¡Desprenderse de golpe de los brazos de la arrogante marquesa, de los brazos de la espiritual Matilde, de los brazos de la apasionada Margarita, para caer á los pies de una florista..., era hundirse, sepultarse, desaparecer, aniquilarse!

Así discurría su amor propio, ganando terreno sobre su amor á María. Pero el amor, cuando es verdadero, cuando no es la vanidad escitada, ni un deseo grosero de los sentidos, cuando surge del fondo del alma, no se deja vencer tan fácilmente, y Rafael vaciló antes de adoptar definitivamente la resolución que meditaba.

—Verdaderamente, se dijo á sí mismo, es una triste cosa tener que renunciar á la dicha de mi amor, porque al mundo se le ha puesto en la cabeza que un calavera afortunado no ha de tener juicio en su vida. ¿Qué es lo que me sucede? Que me he enamorado de una criatura pobre, humilde, hija de un padre desconocido,



de un... eso es, de un libertino como yo. Pero hé aquí que el público que aplaudia la comedia de mis locuras no encuentra el desenlace bastante original, bastante nuevo, y cambia los aplausos en silbidos; y de la noche á la mañana me encuentro víctima de la mofa de las mujeres y de la burla de los hombres. Pues bien, añadió: yo desafío al mundo..., yo le impondré silencio... En vez de retroceder, avanzo; nadie se rie del hombre que sabe enviar una bala á la cabeza de su adversario, ó buscarle el corazon con la punta de la espada. Esta noche me presento en el café...; visitaré todos los teatros, y el primero que se sonría, ese la paga... Hoy mato á uno, mañana á otro, al dia siguiente al tercero...

Aquí se detuvo, porque le salió al paso una observacion verdaderamente burlona, que le dijo al oido:

—Despues de haber muerto á todos los hombres, todavía no has hecho nada, porque aun te quedan todas las mujeres.

Tal era la situacion de Rafael. Pocos amores han sufrido en el mundo un obstáculo tan terrible. La buena sociedad, teatro especial de sus brillantes hazañas, habia tomado la cosa por su cuenta, y se oponia á tan desigual enlace, so pretesto de que iba á ser muy desgraciado.

Su celebridad de conquistador indomable le imponia el deber de sacrificar sus sentimientos



de hombre. ¡Oh! Algunas veces es muy cruel la celebridad.

No podia sumergirse en la oscuridad de una vida insignificante y en las dulzuras de un amor tranquilo y casero, sin dejar flotando en la luz un nombre risible.

Este Alejandro, que habia conquistado el Asia del gran mundo, habia caido prisionero de una astuta florista.

Habia caido, como un inocente, en el lazo de una red, tejida sin duda alguna con flores, pero con flores artificiales.

Un ligero ruido que percibió en la puerta de su cuarto lo sacó del abismo de sus reflexiones.

—¿Quién es? preguntó.

Juan le contestó al otro lado de la puerta:

—Nadie.

—Entonces, ¿qué haces ahí?

—Nada.

—Pues aconséjale á la puerta que no vuelva á distraerme, porque será para ti un mal negocio.

—Es que hay aquí tres cartas que quieren entrar.

—¡Que entren! dijo Rafael; pero ten en cuenta que no quiero verte.

Las tres cartas, una detras de otra, entraron silbando por debajo de la puerta.

Rafael las cogió, abrió una y leyó lo siguiente:



"Si yo supiese cómo se puede encerrar una carcajada dentro de un sobre, esta carta iria á su destino desternillándose de risa. No soy rencorosa, y ademas no tengo tiempo para serlo, porque lo necesito todo para reirme. Mis dientes no son feos, y aprovecho esta ocasion para enseñarlos."

Rafael estrujó la carta entre sus manos, y no quiso continuar leyendo. Conoció la mano que la habia escrito, pues aunque no tenia firma, las armas del sello y la letra le dijeron que era de la marquesa.

La segunda carta decia así:

"Rafael: nos tiene V. muy divertidas; no hablamos mas que de V., y V., tan modesto, huye y se esconde en el último rincon de su casa... ¡Cualquiera diria que se avergüenza de su triunfo! En nombre de nuestra tierna amistad voy á pedirle un favor. Dígame cómo podré defenderle, porque todo el mundo le tiene lástima. ¿Y por qué...? Porque ha encontrado V. la eterna primavera de la isla de Calipso. Hijo de Ulises... inocente Telémaco, venga V. á defenderse... La florista será de muy buen efecto en los salones... Por de pronto, nuestros sombreros están de enhorabuena... Ahora sí que nos echará V. flores..."

Antes de concluir la lectura de esta segunda carta, la rasgó en mil pedazos. Era de Matilde.

La tercera estuvo á punto de sufrir la misma



suerte sin ser leída; pero ¿quién rompe una carta sin abrirla siquiera?

Diola muchas vueltas entre sus manos, y al fin la abrió. No se abre una carta para no leerla; así es que desdoblándola, clavó en ella los ojos.

Lo primero que vió fue un suspiro.

"¡Ay...!" Con estas dos letras empezaba la carta.

"¡Ay, Rafael! Yo oigo todo lo que se dice, pero no lo creo; ¿de dónde has sacado á esa mujer...? ¿Sabes su historia...? ¿Te basta á ti que sea bella...? ¿La conoces...? ¿Estás seguro de que la conoces...? Siempre he creído que eras inocente; pero tanto, no lo hubiera creído nunca... ¡Que te engañen así...!"

"Necesito consolarme de tu inconstancia, y pienso que al fin esa mujer me libra de la debilidad de amarte... No extraño que te engañen, puesto que yo también me he engañado... Si me hubieras dado por rival á una Reina, experimentarías el dolor de unos celos horribles... pero tu hermosa florista no me inspira resentimiento ninguno. Ella me vengará de tu inconstancia. Estoy tan segura de ello, que casi la adoro.

"Que no me quieras á mí... pase; ¡pero que no te quieras á ti mismo...!"

La firma era de Margarita.

Sin vacilar arrojó Rafael la carta al fuego de



la chimenea, para que no quedara ni rastro de ella, porque esta carta llenó el vaso de su ira.

No se trataba ya de un matrimonio ridículo, sino de un matrimonio poco honroso. La murmuración llevaba su mordacidad hasta clavar sus dientes en la honra de María. Abandonarla ya era una cobardía, una infamia, y Rafael se sintió arrastrado hácia la florista con mas violencia que nunca, por lo mismo que él era la causa de que se cebara en ella la maledicencia.

Se irguió con arrogancia, echó hácia atras su noble cabeza, y con paso majestuoso y ademán decidido, arregló su traje, cogió el sombrero, y salió de casa.

Habia tomado una resolución. Lo desafiaba el mundo, y aceptaba el duelo.

La razón fría, calculadora, egoísta, tomando la voz de Estéban, le decia: "¡Detente!"

Su corazón, latiendo con ímpetu lleno de noble orgullo, le gritaba: "¡Adelante, adelante!"

---



## IX.

Salió precipitadamente de su casa, lanzándose de una en otra calle, con la mirada encendida, el rostro pálido, el sombrero echado hácia atras, y el ademan resuelto.

La gente lo miraba al paso con esa curiosidad fria é impertinente con que en Madrid se mira todo.

Pero Rafael marchaba tan ciego con la resolucion que acababa de tomar, que no veia ni observaba lo que pasaba á su alrededor.

De otro modo, su genio camorrista hubiera encontrado mas de una ocasion en que desahogar el disgusto que llevaba en el alma.

Afortunadamente no reparó en las miradas burlonas de los transeuntes, como habia reparado en la dureza de la cama, en el mal gusto del papel que tapizaba las paredes de su habitacion, en la impertinencia del rayo del sol, en la alfombra, en el espejo y en su propia cara.

Con el aspecto de un hombre profundamente distraido, llegó á la puerta de una casa cuya calle y cuyo número no es necesario para la



buena inteligencia de nuestro relato; y despues de saludar á la portera, entró: subió el primer tramo de escalera, y luego el segundo, y despues el tercero, y últimamente el cuarto; se detuvo delante de una puerta, asió el cordon que descendia por la pared, y tiró de él suavemente, pero el cordon permaneció mudo, so pretesto de que no tenia campanilla. Sin embargo, esperó un momento, aprovechándolo en componer su semblante agitado, y en arreglar el lazo de su corbata.

Primero se abrió suavemente el ventanillo, despues se abrió la puerta de par en par, con esa franqueza con que una madre abre los brazos para estrechar en ellos á su hijo.

Es preciso que los oidos tengan paladar, sin cuya circunstancia no habria voces dulces.

—¡Tan temprano!

La voz que prorumpió en esa exclamacion al abrirse la puerta, era mas dulce que la miel.

—Tal vez, dijo Rafael, cometo una imprudencia...

—No tal, contestó la misma voz, si es posible con mas dulzura.

Marchaba la voz delante de Rafael por un pasillo bastante oscuro, que desembocaba en una habitacion pequeña, iluminada por el golpe de luz de una sola ventana.

Brillaba en este aposento un lujo admirable, pues resplandecia con el brillo de la mas esqui-



sita limpieza, que es el fausto de los pobres.

Al entrar, se padecía cierto deslumbramiento: todos los adornos eran de lana, y, sin embargo, la luz se reflejaba en ellos como si fueran de seda.

Seis sillas, una mesa, un sofá, un espejo, una cómoda, dos butacas, unas cortinas: hé aquí el inventario que podía hacerse á primera vista.

La pobreza, como el lujo, tiene tambien su coquetería. Se echaba de ver un buen gusto y una delicadeza tan natural en todos los pormenores de esta pobre estancia, que hubiera podido tomarse por la residencia de una Reina destronada que sabia llevar en su augusta frente la corona de la desgracia. Habia una gracia verdaderamente infantil en todos los contornos de tan modesto cuadro.

Dos colores dominaban en los muebles y en las cortinas: el azul y el blanco. Parecia un capricho de la inocencia y de la esperanza.

En el inventario que hemos hecho á la primera ojeada, hemos dejado de incluir dos cosas alegres y dos cosas tristes.

Las dos cosas tristes eran un retrato de mujer, delicada miniatura que, encerrada en un marco negro, se destacaba sobre la pared, y una anciana, que, hundida en un inmenso sillón de baqueta, lanzaba sus miradas inteligentes de un punto á otro, al mismo tiempo que estendia sus pies hácia un rayo del sol, que, precipitán-



dose desde la ventana, se derramaba por el pavimento.

Las dos cosas alegres eran una jaula de alambre, pintada de verde, dentro de la que se hallaba un canario de color de oro, y una mesita redonda, colocada en medio de la habitacion, sobre la que, en el mas delicioso desórden, se veian delicados ramos de jazmines, rosas á medio abrir, dalias á medio hacer, hojas de todas especies, tallos de todas clases.

Encima de aquella mesa habia toda una primavera de flores.

Sobre la cómoda se veia una urna que encerraba la imágen de la Vírgen de la Soledad, con su manto negro, su túnica blanca y su diadema de estrellas.

La voz que guiaba á Rafael por el oscuro tránsito del pasillo, era la voz de María, voz armoniosa como los sonidos del arpa.

No hemos visto á la florista mas que una vez muy de paso en la puerta de Santa María de la Almudena; pero conocemos su retrato, trazado á grandes rasgos por el general y el vizconde de la manera que vimos en casa de la marquesa. Ahora solo debo añadir que María es alta, derecha y flexible como una palma.

Rafael iba todos los dias.

Entró la florista delante del desventurado calavera, y se sentó delante de su mesita de labor, entregándose de nuevo á su tarea.



La reducida pensión que disfrutaba la anciana no era bastante para cubrir las mas urgentes necesidades de la vida, pues apenas bastaba para pagar el alquiler del cuarto, y la nieta cubria las obligaciones de la casa haciendo flores con sus manos de princesa, y ambas vivian con el fruto de las flores.

Fijó la abuela sus ojos en Rafael con una mirada semejante á una sonrisa.

Pasaron algunos minutos en silencio triste y embarazoso.

Los ojos de la anciana hacian preguntas inútiles, dirigiéndose alternativamente, ya á uno, ya á otro; pero Rafael parecia distraido, y María muda. Al fin dijo esta:

—Rafael, está V. pálido.

La anciana movió la cabeza, como atestiguando las palabras de María.

—Sí, añadió Rafael con trágica espresion; debo estar pálido, como el hombre que se encuentra al borde del abismo y siente el vértigo del vacío.

—¡Dios mio! ¿Qué sucede? exclamó la florista, dejando caer una azucena que se abria entre sus manos como si sus dedos sonrosados fueran los dedos de la aurora.

—¡Sucede, dijo Rafael, que voy á caer en el abismo de la desesperacion, si no hay una mano que me sostenga! Si Vds. no acuden en mi socorro, soy hombre al agua.



Abrió la anciana desmesuradamente los ojos, al mismo tiempo que en el semblante de la nieta se pintaba la mas viva inquietud.

—¡Virgen Santa! exclamó. ¡Si nos amenaza alguna nueva desdicha, dadnos valor para sufrirla!

—¡Soy un imbécil! prorumpió Rafael, viendo la afliccion resignada de María. No hagan Vds. caso de lo que he dicho. No era eso lo que queria decir. Mi lengua se anticipa siempre á mi pensamiento; parece que tiene un gusto particular en hacer que desatine. No hay nada de abismo, ni de desesperacion; precisamente es todo lo contrario lo que yo queria decir.

Sonriose María con aquella misma sonrisa que vió Rafael por primera vez en la puerta de Santa María de la Almudena, y él continuó diciendo:

—Vamos al caso: Vds. no me conocen bien todavía, y esta es mi desgracia. Es verdad que hasta hace poco tiempo yo tampoco me conocia; mas ya puedo jurar solemnemente que soy otro. María es el ángel que ha abierto mis ojos á la luz de la felicidad. Sin embargo, todavía soy un loco, un botarate, un insensato. Señora, añadió dirigiéndose á la anciana; yo no puedo vivir así: es preciso que siente la cabeza, que repose mi corazon en las tranquilas dulzuras del amor profundo y verdadero. Ahora bien: ¿quieren Vds. salvarme?



—¿Cómo? preguntó María.

—De un modo muy sencillo. Imagínese V. que soy un niño, que juego sobre el alero de un tejado, que mi cabeza se desvanece, que mis pies se escurren, que voy á caer... ¿qué haría usted?

—¡Ah! exclamó María: ¿qué había de hacer? lanzarme en su socorro y tenderle mi mano.

Y añadiendo el ademán á la palabra, tendió á Rafael su mano. Apoderose de ella el impetuoso amante, y arrastrando suavemente á María, se acercó á la anciana, y le dijo:

—Esta es la mano que me salva del mundo y de mí mismo; pero yo no puedo retenerla por mas tiempo entre las mias si V. no nos echa su bendicion.

La anciana miró á su nieta con tristeza, y dos lágrimas asomaron á sus ojos. La nieta inclinó la cabeza como si se la hiciera doblar el peso de su pensamiento, y dijo:

—¡Oh, es imposible!

—¡Imposible! exclamó Rafael atónito.

—¡Imposible! repitió ella. Justo es que pase por la pena de decirlo, porque este es el castigo de mi debilidad. He consentido sus visitas, he admitido su amistad, sabiendo que nuestro amor es imposible.

Rafael se quedó inmóvil, y mudo como una estatua. No acertaba á comprender lo que le sucedía. Era un golpe terrible, pues contaba



con el amor de María. ¿A qué atribuir aquella negativa tan resuelta como inesperada? Lo habia engañado su corazon... María no le amaba.

Esta idea fue la primera que agitó su espíritu, pero no prorumpió en quejas inútiles; guardó un triste silencio, que ella por su parte no se atrevia á interrumpir. Al cabo de algunos momentos se dirigió á María, diciéndole:

—No sé si tengo derecho á conocer el motivo que de esta manera disipa mis mas risueñas esperanzas; mas si no es un secreto que yo debo ignorar, acaso se mitigue lo acerbo de mi pena sabiéndolo.

María permaneció con la cabeza baja sin pronunciar ni una palabra, y él añadió:

—Le parece á V. demasiado cruel... lo que ha de decirme, y quiere que lo adivine. Sea. V. no me ama; hé ahí todo.

—No es eso, exclamó ella con toda la ingenuidad de su corazon. El dia que me falte la cariñosa sombra de mi santa abuela, me encerraré en un convento.

La abuela movió la cabeza, confirmando las palabras de su nieta.

—Sin duda alguna, añadió Rafael, semejante resolucion es digna de respeto; pero ¿es una vocacion, ó un sacrificio?

—Es un deber, contestó María.

—Un deber... y ¿quién lo impone...?

Miró María á la anciana, y esta bajó los ojos



en señal afirmativa. Todavía, sin embargo, las palabras que iba á pronunciar no se atrevieron á salir de la boca de la florista. Rafael esperó algunos instantes.

—Caballero, dijo de pronto María. Mi resolución es irrevocable... Es el destino que me ha reservado la divina Providencia, y debo someterme á sus altos designios... Hay una falta que expiar, y á mí me toca expiarla... Mi madre... mi buena madre fue engañada, cruelmente engañada... Mi padre... ¡ah...! mi padre... ¡Dios mio! yo lo perdono con todo mi corazón.

En vano al hablar de esta manera luchaba por reprimir el llanto que reventaba en sus ojos. La abuela lloraba lágrimas silenciosas, que descendían por los surcos de sus mejillas como por caminos conocidos. Rafael dijo:

—Lo sé, ó, mejor dicho, lo supe, y no volví á pensar en ello.

Y cayendo de rodillas delante de María, exclamó:

—Yo la amo á V. con toda mi alma. Pongo á Dios por testigo de la sinceridad de mi cariño.

María replicó:

—Si amarnos es la felicidad que Dios nos guarda en la tierra, antes de ponerlo por testigo de nuestro afecto, es preciso estar seguros de que nos amamos. ¡Ay, Rafael! yo no sé por



qué le tengo miedo á la felicidad. Si soy dichosa aquí en este valle de lágrimas, donde tantos padecen, donde no hay dicha cumplida, ¿qué podré ofrecer á Dios por los que me dieron el ser?

—Eso, replicó Rafael, es rebelarse contra los decretos de la Providencia, contra el mismo Dios, que ha puesto en mí alma estraviada el gérmen del amor que siento.

—No, insistió la jóven. Si V. me ama, los dos debemos hacer el sacrificio de nuestro amor. No debemos arrojarnos en brazos de la dicha que parece sonreirnos, con los ojos cerrados, como si nos arrojáramos á un abismo. Sí: el amor es la felicidad, es el sacrificio, es el martirio.

Rafael quiso insistir, pero no se atrevió; aquellas miradas tiernas, aquella voz dulce, aquellas palabras reposadas, lo subyugaban. Se sentia vencido en presencia de aquella resolucion heróica. Su propósito era anonadar á la tenebrosa maledicencia con la luz de aquel rostro verdaderamente virginal; pero el mundo desaparecia ante sus ojos bajo los esplendores de aquella resignacion y de aquella virtud que solo Dios podia inspirar.

---



que le tengo muy a la mano. Si son dichos  
as como en esta parte de la historia donde tantas  
pueden, donde no hay dicho alguno que  
pueda tener a Dios por los que me dicen el

—Las cosas que se refieren en esta parte  
de la historia de la Provincia de los Andes  
Dios que se refieren en esta parte de la historia  
german del año que se refieren en esta parte

—No insisto en la parte de la historia  
de los hechos que se refieren en esta parte  
de la historia de los hechos que se refieren en esta parte

de la historia de los hechos que se refieren en esta parte  
de la historia de los hechos que se refieren en esta parte  
de la historia de los hechos que se refieren en esta parte

de la historia de los hechos que se refieren en esta parte  
de la historia de los hechos que se refieren en esta parte  
de la historia de los hechos que se refieren en esta parte

de la historia de los hechos que se refieren en esta parte  
de la historia de los hechos que se refieren en esta parte  
de la historia de los hechos que se refieren en esta parte



## X.

Inadvertidamente habia dejado Rafael abierta la puerta que daba á la escalera, y de pronto resonó una voz bronca y entrecortada por el cansancio, que decia:

—¿Se puede saber si hay alguien en esta casa?

Rafael hizo un movimiento de sorpresa, y María, enjugándose los ojos con las puntas de los dedos, acudió á levantar la cortina que cerraba la comunicacion entre la sala y el pasillo.

—¡Ajajá! dijo la voz. Ya veo. Esto es otra cosa. He subido ciento veinticuatro escalones. ¡Friolera! Llego al fin, tiro de un cordón, que calla como un muerto, y, sin embargo, la puerta se abre de par en par, entro, y cuando me creia tan alto como el sol, me encuentro tan á oscuras como si hubiera caido en un pozo.

María levantó cuanto le fue posible la corti-



na que tenia suspendida, y la voz penetró en la sala bajo la forma del general, hermano de la viuda y tío de la sobrina.

Rafael, al ver al personaje que entraba, se puso pálido primero y despues encarnado; y el general, reparando en la mesa cubierta de flores, dijo:

—Aquí está lo que yo busco.

María se inclinó cortesmente, diciéndole:

—Si V. tuviera la bondad de decirme lo que desea...

—¡Hola! exclamó, fijando su atencion en la florista. ¡Preciosa voz! es de un timbre celestial. Lo que yo deseo es... Pero ¡calle! eres una hermosa niña. Cualquiera diria que... ¡diablo! ¡Está aquí nuestro amigo Rafael...! ¡Toma, toma... ¡Qué indiscretos somos los viejos! Perdon, señorita; voy á despachar al momento.

Al decir esto, se dejó caer en una silla.

—Es el caso, continuó diciendo, que tengo una hermana, que esta hermana tiene una hija, que esta hija tiene novio, que este novio ha pedido formalmente la mano de la niña, y van á casarse. Yo soy el padrino, y no sé quién me ha encaminado aquí, y vengo en busca de una corona de desposada. Creo que este pormenor del vestido de novia no es ya del mejor gusto.

Hablaba sin quitar los ojos de la florista, examinándola con la atencion del que examina un retrato.



Comenzó María á escoger flores para formar el bosquejo de una corona, y el general, volviéndose á Rafael, le preguntó á media voz:

—¿Esta señorita es la que...?

—Sí, caballero, contestó Rafael; la misma.

El general volvió á fijar con mas ahan los ojos en María, diciendo:

—¡Bravo, bravo...! Me gustan los hombres de valor. Y quedó pensativo.

Entre tanto la hermosa florista habia formado una diadema, y ciñendo con ella su frente pálida, dijo con verdadera inocencia:

—¿Qué tal?

Aquel adorno daba á su hermosa cabeza un realce encantador. Para que sus flores lucieran bien, irguió su cuello flexible y blanco como el de un cisne, animó sus ojos con una mirada inmensa, dejando correr por sus labios una sonrisa de triunfo.

El general y Rafael quedaron absortos ante aquel relámpago de hermosura que inundó sus ojos.

Aquella diadema tejida de rosas blancas formaba singular contraste con el traje negro de María.

—¡Señorita, señorita! exclamó el general... Tiene V. el don de despertar en mí profundos recuerdos. No sé por qué imagino que ha de ser V. el vivo retrato de su madre. Tendria



mucho gusto en conocerla... Supongo que vivirá V. con ella.

—Por ella sí, contestó María; con ella no... Mi buena madre murió antes de que yo pudiera conocerla, antes de que yo pudiese estrecharla contra mi corazón y besar su frente. Pero aquí está mi segunda madre... Mi santa abuela; ella sola sabe el triste origen de mi vida.

El general se acercó á la anciana, que permaneció muda, levantando los ojos al cielo.

—No habla, dijo Rafael; hace un año que su lengua está paralizada.

—¿Cómo te llamas...? preguntó el general, dirigiéndose á la florista.

—Me llamo, contestó ella, María de la Soledad.

—¿Tendrás ya quince años?

—No: he cumplido diez y ocho.

En aquel momento fijó el general la mirada en la miniatura que pendía de la pared, y con un movimiento brusco se arrojó sobre ella, la descolgó y se puso á contemplarla.

—Ese es, dijo María, el retrato de mi madre.

El general miraba el retrato, mejor dicho, le devoraba golpeándose la frente. Después examinó el marco atentamente, y pasando el dedo por el borde tropezó con un pequeño botón de metal, lo oprimió con fuerza, y el marco se abrió por la mitad como la caja de un reloj, dejando ver una segunda miniatura.



—¡Esto es! exclamó.

Rafael no sabia qué pensar de lo que estaba viendo.

—¿Sabes tú la historia de tu madre?

—Sí, contestó María bajando los ojos.

—¿Quién te la ha contado?

—Mi abuela.

—¿Cuándo?

—Hace un año.

—¿Qué te ha contado?

—Yo creía que ella era mi madre..., no había conocido otra; pero un día se sintió enferma, muy enferma, me llamó y me dijo: "María, yo no soy tu madre, yo no soy la que te dió el ser; he ocultado esto hasta hoy, y no debo callarlo: te estoy robando el cariño de mi hija, y eso no es bueno. ¡Ah, pobre hija mía!" Entonces sacó ese retrato y lo puso en mis manos, diciéndome: "Esa es tu madre, esa es mi hija." Y me contó su triste historia. Aquel día lloré mucho, y recé mucho.

—¿No te habló nunca de tu padre?

—Nunca.

—Pues aquí lo tienes, añadió el general presentándole la segunda miniatura que contenía el marco.

Esta segunda imagen representaba á un joven oficial.

—Ignoraba, dijo María, que el marco contuviera el retrato de mi padre.



—Yo sí lo sabia... pero ¿qué haces...? No, no lo beses, añadió arrebatando el retrato de manos de la jóven.

Rafael preguntó:

—¡Es original esto! ¿Cómo es V. dueño del secreto de esta familia...?

—Los viejos, contestó el general, todo lo sabemos. ¡Hemos visto tanto...! Este caballerito, añadió señalando con el dedo la miniatura, era entonces comandante, y mandaba un destacamento en el Maestrazgo. Estábamos en lo mas crudo de la guerra civil. No habia cuartel; y caer prisionero era lo mismo que caer muerto. Entre todos los guerrilleros que nos llevaban á mal traer, se distinguia uno cuya audacia rayaba en lo imposible. Salió de Valencia una columna de nacionales, que creyendo sin duda que los carlistas huirian al ver sus pomposos uniformes de papagayos, fueron á incorporarse con el ejército hambriento, desnudo y continuamente acosado por innumerables partidas que, ó caian del cielo, ó brotaban de la tierra. El famoso guerrillero necesitaba, por lo visto, fusiles y pertrechos de guerra, y salió al encuentro de la columna, como quien sale á recibir un convoy. Dicho y hecho: se presentó la partida, y allí fue Troya. ¡Ya se ve! aquellos badulaques no iban prevenidos, y todo fue asunto de media hora; se tiraron cuatro tiros, quedó el campo cubierto de fusiles y fornitu-



ras, y los menos listos cayeron prisioneros, y allí mismo fueron fusilados. Casualmente este caballerito se hallaba destacado en el pueblo de donde era el audaz guerrillero, y recibió una orden á raja tabla en la cual se le mandaba que fusilara en el acto al pariente mas cercano del cabecilla, que encontrara en el pueblo.

—¡Eso es salvaje! exclamó Rafael sin poder contenerse.

—Así parece... siguió diciendo el general; pero Noguerras habia establecido ya el precedente haciendo fusilar á la madre de Cabrera. Inmediatamente se hicieron escrupulosas pesquisas, y cayeron en nuestro poder dos parientes del cabecilla: su mujer y una hija...

—¿Y fueron fusiladas? preguntó Rafael indignado.

—Verá V.: el comandante queria cumplir rigurosamente la orden que habia recibido; pero se encontraba con una dificultad imprevista. Se le decia: "Fusile V. en el acto al pariente mas cercano del cabecilla, que encuentre en ese pueblo;" y encontró dos igualmente cercanos. ¡Vaya V. á averiguar si el parentesco de la mujer es mas cercano que el de la hija, ó *viceversa*! El comandante no sabia qué hacer, y aunque con horror, le ocurrió la idea de fusilar á entrambas; pero, á riesgo de su cabeza, decidió al fin no fusilar á ninguna, y eso que las dos le pedian la muerte de rodillas: la madre por salvar



á la hija; la hija por salvar á la madre. Las dos mujeres enternecieron su corazón: la madre con sus lágrimas, la hija con sus lágrimas y con su belleza; pero, en honor de la verdad, decidió el caso la belleza de la hija. El bribon del comandante se enamoró de la muchacha, y el bárbaro puso su brutal amor por precio, y la hija salvó á la madre á costa de su inocencia...

—¡Miserable! exclamó Rafael apretando los puños, mientras María luchaba para reprimir los sollozos que hervían en su pecho, y la anciana agitaba sus ojos espantados como si quisieran saltar de las órbitas, teniendo sobre las rodillas las manos cruzadas.

—¡Sí! exclamó el general; este, este es el in...

Y alzando el puño, amenazaba al retrato, como si intentara aniquilarlo.

—Ello es, prosiguió diciendo, que el destacamento tuvo que salir á toda prisa á reunirse con los restos dispersos de la division que habia sido destrozada por Cabrera. Sin embargo, la *Gaceta de Madrid* nos atribuyó una victoria completa: el mismo Cabrera se habia escapado por el ojo de una aguja. Salió el destacamento, y el comandante dejó en poder de aquella infeliz criatura estos dos retratos encerrados en este mismo marco.

—Caballero, dijo Rafael: ¿vive ese hombre?

—Es posible, contestó el general. Lo busca-



remos, y no será tan malvado que se niegue á dar un nombre á su hija.

Miró Rafael á María, y María bajó los ojos.

—Y bien, prosiguió diciendo el general: ¿y si lo encontramos, ¿qué le decimos?

—Le diremos, contestó Rafael, que aun puede reparar en parte el daño que ha causado.

—No, no, dijo María. Si vive..., sepa únicamente que mi madre espiró perdonándolo, que mi abuela lo perdona todos los dias, y que yo lo perdono como mi madre y como mi abuela.

La anciana agitó la cabeza con ademan afirmativo, y el general puso en manos de María los retratos; cogió del brazo á Rafael, y lo sacó fuera de la habitacion.

Cuando bajaban la escalera, preguntaba Rafael.

—¿Dónde vamos?

—Vamos, le contestó el general, á dar un golpe maestro.

---







## XI.

La madre de Mercedes está loca de alegría. Su hija se casa. Va á ser suegra, y Estéban se golpeó la frente lleno de orgullosa satisfaccion, exclamando :

—Aquí hay algo... aquí hay mucho.

El general, por su parte, parece dominado por una impaciencia repentina que no le deja dormir con tranquilidad, ni comer con sosiego.

Su hermana lo ha sorprendido dando largos paseos por su estancia, y lo ha visto restregarse las manos con íntimo regocijo, y lo ha oido decir entre dientes:

—¡Qué golpe! ¡Qué golpe!

Y ella se ha guiñado el ojo á sí misma, exclamando en el fondo de su pensamiento:

—¡Golpe... el mio!

Ya sabemos que el general habia sido un calavera. En los tiempos de su juventud estuvie-



ron en moda las mas atroces locuras, y no le quedó ninguna por hacer. Tambien sabemos que á su vuelta de América se le creyó rico, pero esta creencia se disipó al cabo de algun tiempo, y los pretendientes de la sobrina, atraidos por la fama de la riqueza del tio, emprendieron la retirada.

El tio habia traído de América una buena fortuna, que debia heredar su única sobrina; pero temió que la codicia de la herencia hiciera su desgracia, y, llevado de su genio militar, preparó una emboscada.

Consistia la emboscada en ocultar su fortuna, y la ocultó con tanto empeño, que al poco tiempo se le consideró pobre, y la sobrina se quedó sin pretendientes.

Su idea era que encontrara un marido que la quisiera pobre.

Estéban habia sospechado este secreto, y averiguando la verdad, buscó el tesoro del tio con la mano de Mercedes... La pidió y la obtuvo.

El general no tuvo ya inconveniente en dejar traslucir que podia disponer de algunos millones, y se instaló en una magnífica casa, alhajando la planta baja para que sirviera de habitacion á su hermana, que habia de vivir, claro está, con su hija y con su yerno. El se reservó el piso principal, desplegando en el mueblaje un lujo extraordinario.



Semejante trasformacion despertó hácia Estéban una envidia casi universal. ¡Qué casamiento...! ¡Qué fortuna...! Estas eran las exclamaciones que la seguian por todas partes.

Mas de un amante antiguo de la sobrina próximamente millonaria debió llamarse á sí mismo tonto muchas veces al dia.

Estéban habia dado un golpe maestro; su perspicacia estaba, por decirlo así, en boga, su crédito era inmenso, y su celebridad de hombre práctico y positivo subió de punto.

—¡Qué nariz...! decian: ¡qué nariz...! ¡Cómo ha sabido oler los millones del tio...!

—¡Lo que es el talento! añadian otros. Estéban será millonario, y el tonto de Rafael... metido con la florista, será lo que Dios quiera.

La boda estaba anunciada con toda la pompa de una solemne publicidad. La viuda habia invitado á medio mundo á que fuera testigo del suceso. Los periódicos echaron al vuelo las campanas de su regocijo, deseando todas las felicidades imaginables á los futuros cónyuges; celebraron el desinterés de Estéban, la belleza de Mercedes, la elegancia de la viuda, y la hábil maniobra del general ilustre. Por último, publicaron el inventario del *trousseau*, advirtiendo que estaba de manifiesto en casa de la novia.

Llegó la noche del fausto dia, y los salones del piso principal resplandecieron iluminados.



Los coches hacian cola en la calle, y las notabilidades del gran mundo se codeaban bajo aquellos techos resplandecientes.

Delante de tan magnífica concurrencia firmaron los novios su... felicidad...

De repente circuló entre los convidados el extraño rumor de que habia otra boda que presenciar en aquellos mismos salones; mas la especie, repetida de boca en boca, vino á ser el tema de una broma general, sobre el que se hicieron diversas variaciones.

—Debe ser cierto, decian unos: el general no habia de morirse sin hacer esa calaverada: él es el novio de la segunda boda.

—No, no, replicaban otros: la novia es la viuda; su hermano la ha comprado un marido.

—La sorpresa que nos espera, añadian algunos, es mucho mas extraordinaria, y ha de causar gran sensacion en el mundo: se casan los dos hermanos.

Esta ocurrencia, repetida de salon en salon en voz baja, producía ruidosas carcajadas, que daban á la fiesta animacion y alegría.

—¿Cómo es posible eso? preguntó una niña que acababa de salir del colegio.

—Muy sencillamente, le contestaron. Se les ha dispensado previamente el parentesco, en razon á la inocencia de los contrayentes. En tan tierna edad todo es dispensable.

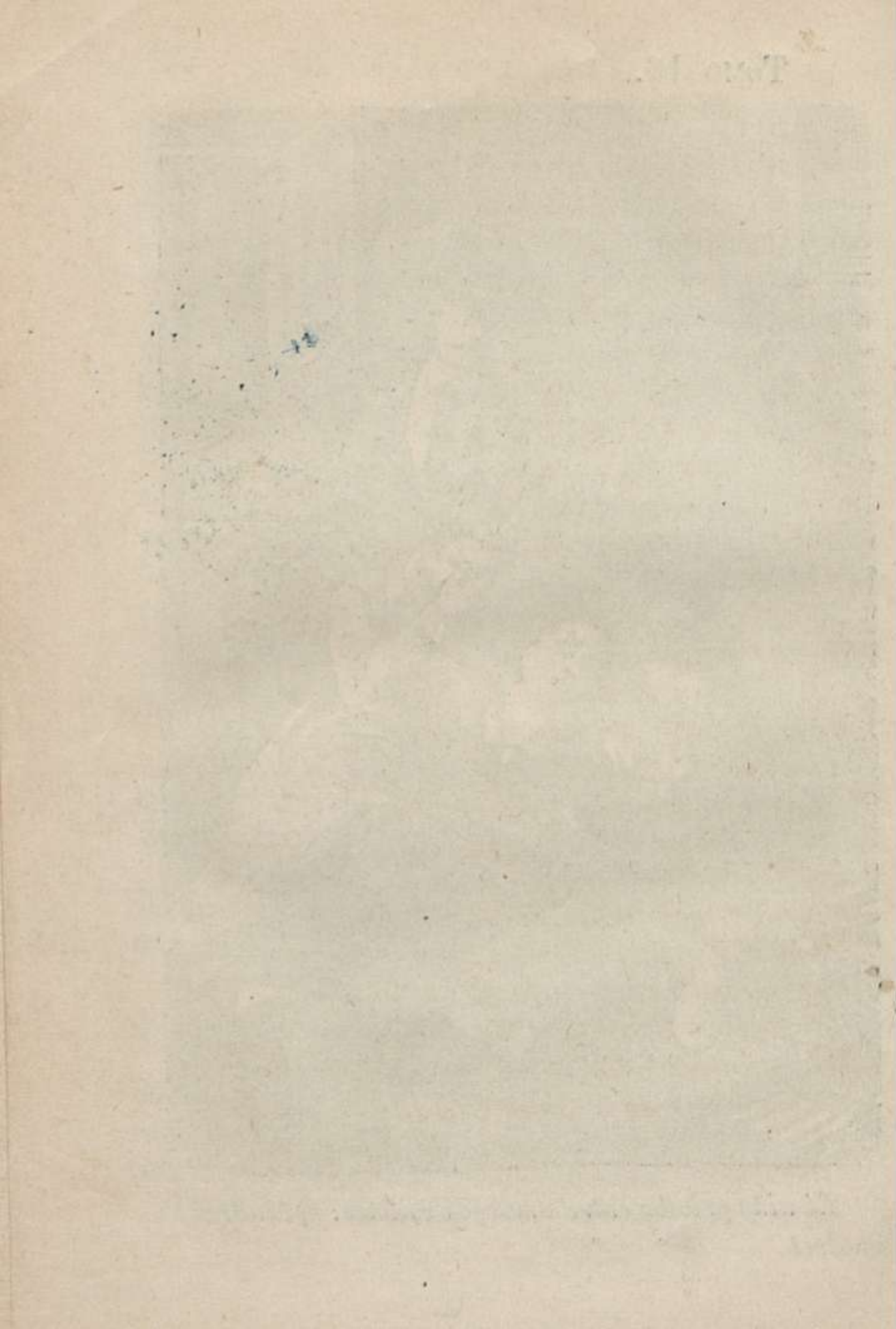
Terminada la solemne ceremonia que unio





*El niño gritaba entre amargos sollozos: "¡Madre, madre!"*







para siempre á Estéban y á Mercedes por la divina virtud del sacramento, el general alzó la voz, exclamando:

—Señores...

Un ligero murmullo se extendió por la concurrencia; se apiñaron las cabezas, acudieron los convidados que invadian los salones inmediatos, y reinó profundo silencio.

—Señores, repitió el general: me habeis concedido el honor de honrar mi casa asistiendo á la boda de mi sobrina, que ha sabido inspirar al hombre que la ha elegido por esposa un amor generoso, desinteresado y tierno. ¡Dios los haga felices!

Un nuevo murmullo resonó, en señal de que el concurso unia sus votos á las palabras del orador. Este continuó diciendo:

—Ahora voy á presentaros otro ejemplo de amor generoso y de noble desinterés, que tendreis la bondad de acoger con el entusiasmo de vuestra natural benevolencia. Vais á otorgarme el honor de asistir á una segunda boda.

Un tercer murmullo estalló, anunciando la sensación que causaba en el auditorio semejante noticia. La broma iba á convertirse en veras. Los convidados cuchicheaban, formando el rumor del enjambre que vuela alrededor de la colmena.

El general se acercó á un magnífico cortinaje de terciopelo carmesí, detras del que se ocul-



taba una puerta. Apartó la pesada cortina, la puerta se abrió, y en el dintel apareció María. Cogiola el general de la mano, y adelantándose hasta la mitad del salon, la presentó, diciendo: —Esta es la novia.

El concurso quedó mudo de asombro.

Nada mas bello que la noble figura de María modestamente vestida y sencillamente adornada, en medio de tan brillante concurrencia.

Estéban palideció. Mercedes se quedó con la boca abierta, y á la triunfante viuda se le cayó el abanico de las manos.

No habia duda: el general se casaba.

María, con los ojos bajos, era el objeto de todas las miradas... ¡Ella tan hermosa, y él tan viejo!

El general parecia engreido del efecto que producía, y paseando la mirada victoriosa por el concurso, dejaba ver una sonrisa maliciosa.

Acercó á la novia á la mesa donde el notario habia colocado previamente la escritura del contrato, y María tomó la pluma y firmó.

Entonces el general se acercó á la puerta de un gabinete que el tapiz disimulaba: la puerta se abrió, y apareció Rafael pálido, pero arrogante. El general se apoyó en su brazo, y dijo: —Señores: este es el novio.

Estéban respiró. Mercedes cerró la boca para sonreirse. y la viuda mas tranquila, dijo por lo bajo:



—¡Bah...! Mi hermano está loco.

Firmó el novio y firmaron los testigos, de los cuales dos eran personas oscuras; un coronel retirado á quien nadie conocia, y un médico de regimiento: el tercer testigo era el vizconde.

En medio de un gran silencio se celebró la ceremonia religiosa.

—Señores, exclamó el general: os doy gracias con todo mi corazon, pues habeis asistido al casamiento de mi hija.

—¡De su hija! exclamaron muchas voces.

—Sí, contestó: de mi hija, y por consiguiente de mi heredera.

La sorpresa llegó á su colmo.

Poco despues la marquesa pidió su coche, Margarita se retiró con jaqueca, y Matilde fue á saludar á María, la estrechó en sus brazos, y la besó en la frente.

Por los corrillos se contaba la historia de la hermosa florista, y Rafael fue el héroe de la fiesta.

---







## XII.

Frente á frente, con una mesa de por medio, en que dos criados con guantes blancos acababan de servir un esquisito almuerzo, se encuentran Rafael y Estéban, taciturnos y pensativos.

Al fin el primero dijo:

—Veas tú por qué singular combinacion de las cosas hemos pasado de amigos á primos.

—Es verdad, contestó Estéban.

—Ahí tienes una circunstancia que tú no habias previsto. ¡Tú, calculador infatigable, que todo quieres sujetarlo al estrecho compás de tu razon...! ¡Quién te habia de decir, geómetra insignie, que los millones del tio que tú buscabas en la mano de Mercedes, los habia de encontrar yo en la puerta de Santa María de la Almudena bajo un manto con velo...!

Estéban se encogió de hombros, y Rafael continuó:



—Confiesa que hay sobre los cálculos humanos mas hábilmente conducidos, una inteligencia superior que dirige las cosas por caminos desconocidos para la razon del hombre.

—¡Oh! exclamó Estéban: no hablemos de eso. Conténtate con que confiese que he perdido el almuerzo que apostamos. Estoy dispuesto á pagarlo... ¿qué mas quieres?

—Quiero que veas en lo que te sucede la mano de la Providencia.

—¡Preciosa mano! replicó Estéban, dejando caer el puño sobre la mesa. ¡La mano que así me quita la soberbia fortuna con que habia soñado...! Si hubiera sabido tejer bien mi red, ahora me reiria...

—No blasfemes... Reconoce que sufres el castigo de tu soberbia.

Estéban soltó una carcajada.

—Ríete; pero ¿qué dirias si la misma mano que te arrebatara esos miserables millones te los devolviera?

—Diria... que... vamos... que era una mano generosa.

—Pues bien: nuestro tio ha formalizado su testamento, partiendo su fortuna entre la sobrina y la hija. Sé franco. ¿Esperabas tú esto?

—No, contestó.

—¿Por qué?

—Porque el tio está loco con su hija, y tonto contigo.



—Pues precisamente por eso lo ha hecho.

—¿Cómo?

—Su hija le ha obligado á hacerlo.

—¿Ella misma?

—Ella. Ahí tienes otra cosa que estaba fuera de tu prevision.

Apoyó Estéban ambos codos sobre la mesa, escondió las mejillas en los huecos de las manos, y permaneció largo tiempo pensativo. Entre tanto pedia Rafael la cuenta, que con propinas y todo importaba 520 rs. Habian almorzado como unos príncipes.

—Este almuerzo, dijo Rafael, debemos pagarlo á escote... te tocan trece duros.

Estéban los puso sobre la mesa, y salieron de la fonda cogidos del brazo.

—¡Qué lástima de cabeza! exclamó Rafael, pasando la mano por la naciente calva de su amigo.

—No tanta lástima, replicó Estéban, puesto que ha comprendido la grandeza de este corazon.

Diciendo esto, ponía la mano en el pecho de Rafael.

El vizconde los vió, se acercó á ellos, y les dijo:

—Hé ahí el corazon y la cabeza.



—Fue precisamente por eso lo que he hecho.

—¿Cómo?

—Se hizo la obligación de hacerlo.

—¿Muy natural?

—Fue así cuando con una gran fuerza de voluntad.

—Aproveché también cuando con una gran fuerza de voluntad.

—¿Por qué se hizo la obligación de hacerlo?

—Porque permitiendo al mundo que se hiciera un gran bien.

—¿Y tanto podía haberse hecho de más?

—Sí, pero yo no quería que se hiciera un gran mal.

—¿Y eso es lo que te preocupa?

—No, lo que me preocupa es que se haga un gran bien.

—¿Y eso es lo que te preocupa?

—No, lo que me preocupa es que se haga un gran mal.

—¿Y eso es lo que te preocupa?

—No, lo que me preocupa es que se haga un gran bien.

—¿Y eso es lo que te preocupa?

—No, lo que me preocupa es que se haga un gran mal.

—¿Y eso es lo que te preocupa?



# PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMIMAS.

---

	<u>Págs.</u>
Llega V. á tiempo... Acaban de decirnos que su amigo de V. se casa.....	40
El general examinó con cuidado el cuadro, mientras que María lo miraba con ansiedad...	106

---



# PLANTILLA

PARA LA ORGANIZACION DE LAS LECCIONES

1	Objetivo de la asignatura
2	Contenido de la asignatura
3	Metodología de enseñanza
4	Evaluación de los aprendizajes
5	Recursos didácticos
6	Actividades de aula
7	Instrumentos de evaluación
8	Observaciones







